

La
Navidad
en tu
mirada

TOÑI FERNÁNDEZ



La
Navidad
en tu
mirada

TOÑI FERNÁNDEZ

Título: La Navidad en tu mirada.
© 2024, Toñi Fernández.
De la cubierta y maquetación: 2024, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todas aquellas personas que desde septiembre
llevan la cuenta atrás de la Navidad.
¡Por fin ha llegado!

El ayer es historia, el mañana es un misterio,
pero el hoy es un regalo. Por eso se llama presente.

Kung Fu Panda

PRÓLOGO

Tenía cinco años cuando ella llegó al lugar al que debíamos llamar casa. Por aquel entonces yo era un bicho raro —tal vez lo siguiera siendo en la actualidad— y no hablaba con nadie. Tampoco es que tuviera motivos para hacerlo. Apenas sabía sonarme los mocos yo solo y ya había perdido a mis padres. Aquel accidente de coche dos años atrás no se llevó mi vida, pero sí me la arrebató cuando se fueron. La poca familia que me quedaba, si es que podía llamarse así, no quiso cuidar de un niño tan pequeño y perdido como yo. Y eso me llevó al orfanato más escondido del mundo que me hizo sentir más diminuto todavía.

Hasta que llegó ella.

Vera...

Mentiría si dijera que nuestra conexión fue instantánea. Es más, diría que no empezamos con buen pie. Recordaba a la perfección el día que llegó al orfanato. ¿Cómo olvidarlo? Llovía tantísimo que las gotas golpeaban con fuerza el endeble tejado de la casa, emitiendo un ruido que me ponía nervioso. En un intento por relajarme, me senté en la gran alfombra del salón para acariciar su suavidad. Era nueva, tan solo tenía unos días, así que todavía no la habían destruido como la mayoría de lo que había allí.

Conseguí evadirme unos minutos hasta que escuché el ruido de la puerta principal al cerrarse y una figura menuda se asomó en la habitación donde estaba. Era una niña no mucho mayor que yo que estaba completamente empapada por la lluvia. Sus ojos oscuros me escrutaron y los nervios regresaron, más aún cuando me sonrió justo antes de que la cocinera se la llevara escaleras arriba para que se cambiase de ropa y no enfermar.

Inquieto, no me moví de allí a sabiendas de que podía volver. Seguramente no lo haría. En cuanto viera al resto de niños arriba jugando en sus habitaciones, se quedaría con ellos. ¿Quién querría estar con el bicho raro de la casa? Sin embargo, no tardó en regresar con otra vestimenta, el pelo aún mojado y el peluche de un conejo blanco en una de sus manos.

No titubeó cuando se sentó a mi lado. Tampoco lo hizo cuando me ofreció su peluche en silencio para que jugáramos juntos. Su comportamiento me pilló tan desprevenido que actué de la peor forma. Se lo lancé a la cara y me crucé de brazos, incapaz de hacer otra cosa que quedarme allí, viendo cómo lo cogía y jugaba como si la rabia que tenía dentro de mí no le importara.

Al día siguiente, mientras la tormenta arreciaba de nuevo en el pequeño pueblo donde vivíamos, me prometí que, si volvía a acercarse a mí, le pediría disculpas. Ella no tenía la culpa de que yo quisiera estar en casa junto a mis padres y mi gatito Peluso y no aquí, en el orfanato.

Sentado de nuevo en la alfombra, esperé lo que me parecieron horas, mas ese día no la vi. Tampoco al día siguiente. Llegué a pensar que era un espejismo y que, en realidad, esa niña no existía.

Hasta que escuché hablar a una de nuestras cuidadoras con la cocinera sobre ella. Al final la lluvia la había hecho enfermar y no podía moverse de la cama. Sigiloso, subí las escaleras hasta la habitación que compartía con otra chica. Una de las normas de la casa era que niños y niñas debíamos dormir separados. Ella tenía la suerte de que solo eran dos mientras que nosotros éramos cinco.

No llamé a la puerta, simplemente la abrí un poco para ver si de verdad era ella y no lo había soñado todo. Allí estaba, tapada hasta la nariz con una de las mantas viejas y un gorro de lana con un enorme pompón sobre su cabeza. Sus ojos estaban abiertos, mirando al techo, por lo que entré con cuidado para que no me descubrieran las cuidadoras.

Vera clavó su mirada en la mía y sus mejillas se sonrojaron. Nunca supe si fue por verme o por la fiebre. Solo sabía que ese simple gesto, removi6 algo dentro de mí.

Me acerqué muy despacio a su cama y me senté a sus pies para quedar frente a ella. No tuve que hablar, no hizo falta. Sacó su brazo de debajo de la manta y me tendió su peluche. Ese conejo blanco, el que dos días antes había repudiado, se convirtió, sin saberlo, en la oportunidad de intentar ser feliz en ese lugar.

Con el paso de las semanas, mi mutismo desapareció casi al completo. Los niños me miraban aún peor porque solo le dirigía la palabra a Vera. ¿Cómo no hacerlo? Era la única que me había visto, a pesar de mis intentos por ser invisible. La que se había quedado, a pesar de mi rechazo. La que me sonreía y a la que se le iluminaban los ojos cuando me veía.

Sentía que se lo merecía todo, a pesar de que yo no pudiera darle nada.

Poco después descubrí por qué era así. Para ella, estar en nuestro orfanato significaba ser feliz y tener una familia. Nunca conoció a sus padres, la abandonaron al nacer y tuvo que pasar los primeros seis años de su vida en un orfanato antes de que la trasladasen al mío cuando cerró. El peluche era lo único que le quedaba de su anterior residencia y lo atesoraba como si fuera lo más importante del mundo.

Vera era una niña soñadora cuyo único deseo era que la adoptaran. Cada vez que veía una estrella fugaz en el cielo o se sentaba en las rodillas de Santa Claus en una de nuestras visitas al centro del pueblo en Navidad, deseaba lo mismo. Y aunque pasaban los años y nunca sucedía, ella jamás perdía la esperanza.

Yo la miraba con tanta ilusión que llegué a creer que pasaría algún día. Sin embargo, lo único que pasaba era el tiempo. Vera era perfecta a mis ojos, pero tenía que asumir que creceríamos en ese lugar hasta marcharnos siendo adultos porque nadie querría a unos niños tan grandes.

Ojalá hubiera sabido por aquel entonces que la vela con el número doce era la última que vería a Vera soplar.

Aquel año, la noche antes de Navidad, después de mucho tiempo callando lo que sentía, me prometí que hablaría con ella para hacer un trato. Cuando cumpliéramos la mayoría de edad, nos marcharíamos de allí para siempre y viviríamos todas las aventuras que ella siempre aseguraba que compartiríamos. Esperé a que todos estuvieran dormidos y nos reunimos como cada noche en la ya mullida alfombra donde nos conocimos.

Si tan solo me hubiera fijado un poco más en cómo le brillaban los ojos, me habría dado cuenta de que algo pasaba. Antes siquiera de contarle mi plan, se adelantó y me confesó en un susurro lo que más temía...

La habían adoptado.

La noticia fue un jarro de agua helada sobre mí. De nuevo me había quedado sin palabras, por lo que dejé que su emoción hablara. Lo sabía desde hacía unos días, pero no había querido decirlo en voz alta por si se chafaba. Estaba tan feliz que no quise explotar su burbuja, por más que la mía ya estuviera destruida. Al fin y al cabo, su deseo se había concedido y tendría un futuro más allá de esas cuatro paredes cochambrosas.

Aquella sería nuestra última noche juntos, pues su nueva familia pasaría a recogerla a la mañana siguiente. Justo el veinticinco de diciembre, su día favorito.

Pasé las dos siguientes horas escuchando los miles y miles de planes que tendría de ahora en adelante. Y aunque en todos me incluía, temía que se olvidara de mí tan pronto como pisara su nuevo hogar.

No dormí nada las siguientes noches. No podía. El no saber si estaba bien o no me quitaba el sueño. Por más que les preguntaba a las cuidadoras sobre su estado y me respondían que estaba perfectamente, no lo creía. Necesitaba verla. Se había convertido en mi otra mitad los últimos seis años y perderla así, tan de repente, me había hecho sentir más solo que nunca.

No fue hasta dos semanas más tarde que volví a verla y todo encajó de nuevo. Vera estaba radiante y rebosaba felicidad. Y ese detalle, lejos de destruirme, me recompuso. Ella estaba bien y era todo lo que importaba.

Pasamos la tarde juntos como si nada hubiera cambiado, aunque sabía que su visita tenía fecha de caducidad. Antes de marcharse, me dio un pequeño regalo que guardaba en su mochila. Era un regalo por Navidad. Uno solo para mí.

En el orfanato siempre teníamos que compartir los regalos. Apenas había dos o tres para todos, lo que hacía que los niños se pelearan sin cesar durante semanas. Yo nunca entraba en esa batalla porque sabía que la perdería, por lo que hacía años que no tenía un regalo solo para mí. Desde que mis padres fallecieron...

Con lágrimas recorriendo mis mejillas, lo abrí como si fuera de cristal y pudiera romperse. Dentro había un set de coches pequeños de diferentes colores. Vera sabía que me encantaban los coches y que, cuando fuera mayor, tendría una camioneta roja con la que poder hacer todos aquellos viajes que soñábamos.

En el paquete estaba también la camioneta en miniatura, del mismo color que siempre había deseado.

La abracé con fuerza, como si quisiera meterla dentro de mí para siempre y no soltarla jamás. Guardaría el regalo como si fuera mi bien máspreciado. Y es que en realidad sí lo era, por más que fuera material. Era el recuerdo de que ella siempre estaría a mi lado.

Aquella tarde prometió que vendría a verme y que cada día de Navidad, tendría un regalo suyo. Le aseguré que no quería regalos, solo su compañía, y con una cálida sonrisa y un abrazo

que me supo a poco, se marchó un veinticinco de diciembre con una promesa en los labios.

Una que no pudo cumplir porque jamás volví a verla.

En cuanto cumplí la mayoría de edad, me marché muy lejos de ese maldito pueblo que me lo había arrebatado todo, incluso hasta su regalo. Los niños no tardaron en descubrir que tenía algo que ellos no y me quitaron los pequeños coches.

Todos excepto uno: la camioneta roja. Una que, hoy en día, seguía llevando en el bolsillo del pantalón sin saber por qué.

Tal vez para sentirla más cerca.

O tal vez para recordarme cada día que, hasta la promesa más fuerte, puede romperse en tan solo un segundo.

CAPÍTULO 1

Axel

Regresé al pueblo que me vio crecer un diez de diciembre. Hubiera dado lo que fuera por no hacerlo nunca, menos aún en la época donde todo relucía y el olor a canela impregnaba cada calle. No es que fuera el Grinch que odiaba la Navidad, solo intentaba que fuera un mes como otro cualquiera para mí. Quería que no me influyera, aunque a veces era muy difícil no desear estar acompañado de mi familia los últimos días del año, a pesar de que no ocurriría jamás.

Por eso, en cuanto puse un pie en las calles donde crecí, el deseo de volver al pasado se hizo insoportable. Apenas llevaba unos minutos y ya sentía un nudo enorme en el pecho.

No debería de haber venido.

Si tan solo no le hubiera hecho caso a Marco... Mi mejor amigo —el único que tenía, en realidad— acostumbraba a enviarme cientos de noticias que encontraba en Internet, algunas de nuestra ciudad o de curiosidades del mundo, y otras sobre cosas que ocurrían en pequeños pueblos. Como en el mío.

Ni siquiera sabía por qué narices había pinchado en el enlace que me llevaba a esa noticia. Eran pocas las que leía porque, a decir verdad, me gustaba más escucharlas de su boca cuando nos reuníamos en el bar de debajo de su casa para desconectar de nuestras monótonas vidas. Y cuando la tuve frente a mis ojos era como si el mundo se parara.

El orfanato en el que había crecido iba a ser demolido. Para el resto del mundo no significaba nada, pero para mí era lo último que quedaba en pie de mi antigua vida. Y saber que en breve no quedaría nada, me destrozó.

Era imposible que Marco supiera nada porque, aunque le había confesado que mis padres murieron cuando era un crío, no le conté que había vivido en un orfanato. No era porque sintiera vergüenza, sino porque quería olvidar algunas cosas que viví allí y era mejor ocultarlo que borrarlo para siempre, porque eso era imposible.

Así que supuse que el destino quería decirme algo y estaba dispuesto a averiguarlo. Me costó mucho tomar la decisión de regresar al pueblo porque, el día que me marché, juré que no regresaría.

Y ahora aquí estaba.

Cinco años más tarde.

Con una mochila al hombro como único equipaje, caminé desde la estación de autobuses dirección al orfanato. El pueblo había cambiado, ahora sus calles parecían más amplias y con más vida. Había tiendas donde antes solo había locales vacíos y cafeterías donde reinaba el espíritu navideño con las apetitosas galletas de jengibre en el escaparate para atraer la vista de cualquiera que pasase por allí.

Observé todo con atención como si fuera un turista, pese a que había corrido por allí cientos de veces. Nadie me reconoció. Yo tampoco vi ninguna cara conocida. Debería de haberme sentido aliviado por ello, pero no fue así. Dentro de mí era como si todo hubiera vuelto a encajar desde que había llegado, solo que la realidad era muy distinta. La vida había seguido, al igual que lo hice yo en un lugar muy lejos.

Sumido en mis pensamientos, mis pies se movieron solos hasta llegar al orfanato. Verlo me impactó tanto que fue como si me abofetearan.

Frente a mí estaba el que fue mi hogar durante unos años y mi cárcel otros tantos. El tejado tenía un enorme agujero, había perdido prácticamente toda la pintura y las ventanas estaban rotas. En la puerta había una cinta que impedía que cualquier persona entrase y su estado pudiera sepultarlo.

No obstante, no pude evitar acercarme a una de las ventanas. Estaba tan desquebrajada que se podía ver el interior. Dentro estaba un tanto oscuro, aunque no lo suficiente para que pudiera ver que la alfombra donde me sentaba ya no estaba. Todavía se podía ver la marca de dónde se encontraba.

Cerré los ojos y me recordé sentado, acariciando su suavidad.

Recordé la primera vez que vi a Vera.

Todo lo que compartimos. Los juegos, las risas, los secretos y los sueños.

Y todas las tardes que pasé después, esperando frente a esa misma ventana a que volviera cada veinticinco de diciembre.

Una pequeña lágrima solitaria se escapó y me arrepentí de haber venido.

—¿Acaso no ves el cartel de que no se puede pasar? —dijo una voz detrás de mí, sobresaltándome.

Me di la vuelta y vi a una anciana muy menuda mirarme con atención. La escruté, pero no la recordaba de nada. Probablemente no la conocía.

—Otro que viene de fuera a ver el espectáculo. ¿Qué tendrá de interesante ver cómo destruyen algo hasta los cimientos? —replicó esta vez.

—No. Yo... —balbuceé—. Yo soy de aquí.

—¿Y por qué será que nunca te he visto?

Caminé unos pasos en su dirección. Solo faltaba que se derrumbara con nosotros allí.

—He estado unos años fuera. —Mi respuesta no pareció convencerla—. ¿Sabe qué pasó con el orfanato?

Achinó sus ojos y ese gesto me recordó a alguien.

—En cuanto los críos crecieron y se marcharon de la casa, se acabó el dinero para mantenerla. Durante un tiempo sirvieron comida a los pobres con el poco dinero que recibían del ayuntamiento hasta que la cocinera enfermó y la casa quedó abandonada.

—¿Eso cuándo fue?

—Hará tres o cuatro años, no lo recuerdo. Mi cabeza no va muy bien desde que murió mi hermana.

Saber que el orfanato había llegado a su fin hacía unos años me entristeció. Puede que las cosas no fueran perfectas entre sus cuatro paredes, pero le dieron techo y comida a algunos niños que no tenían nada, como yo.

Con un nudo en la garganta, me atreví a preguntar algo cuya respuesta no estaba seguro de querer saber.

—¿Queda alguien aquí, en el pueblo?

—¿Quién querría quedarse? —rebatío ella—. Ninguno de los que estabais ahí dentro querría hacerlo. Hasta las cuidadoras se fueron cuando todo acabó.

Su confesión me dejó mudo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Porque ningún turista pregunta sobre los que vivieron aquí. Solo quieren saber cuándo lo echarán abajo —contestó con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo te llamas?

—Axel.

—Así que has vuelto... Siempre fuiste su favorito.

—¿De quién habla?

—De mi hermana Sally, la cocinera del orfanato.

Mis ojos se llenaron de lágrimas rápidamente. Por eso me había recordado a alguien cuando achinó los ojos. Ahora que estábamos más cerca, pude corroborar que tenía la misma mirada que ella.

Sally siempre se portó bien conmigo. Era una mujer atenta y muy reservada. Cuando ocultabas algo, tenía el don de saberlo con solo achinar sus ojos y acababas confesándoselo. Ella nunca se lo contaba a las cuidadoras. Intentaba ayudarnos y nos daba galletas con azúcar espolvoreada por encima con una taza de leche caliente cuando no podíamos dormir por las noches.

Y ahora ya no estaba...

—Lo siento mucho —murmuré enjugándome las lágrimas con los dedos.

—Tranquilo. Ella te está viendo desde donde esté. Y ahora ven conmigo.

No dije nada. Tan solo la seguí calle abajo en silencio hasta que llegamos a una pequeña casita amarilla escondida entre los callejones.

Me invitó a entrar y sentado en su cocina, me sirvió una taza de té con canela que me recompuso. Apenas le di unos sorbos cuando puso unas llaves sobre la mesa.

Se sentó frente a mí y volvió a hablar.

—Presiento que te harán falta.

—¿Por qué?

—Porque algo te ha traído hasta aquí. Descubre qué es.

Y así fue como acabé llamando a mi trabajo para alargar mis vacaciones de Navidad y terminé durmiendo en casa de la anciana que me dio el empujón que no sabía que necesitaba para que todo volviera a encajar.

CAPÍTULO 2

Vera

—Solo le estoy diciendo que me dé más tiempo, por favor

—supliqué.

—La demolición está programada para el veintisiete de diciembre, señorita. No puede llegar y desbaratarlo todo porque sí.

—No es porque sí, alcalde. Necesito comprar esa casa antes de que la destruyáis.

—No insista. En cuanto esté hecha trizas, el terreno pasará a ser del ayuntamiento. Ni siquiera sé por qué sigue en pie todavía. Es un milagro que no se haya derrumbado sobre nadie.

Apreté los puños para calmarme en lugar de perder los nervios, que era lo que realmente me apetecía. Necesitaba un milagro y perder el tiempo con este hombre tan cabezota no iba a dármele.

Sin decir una palabra más, salí rápido de su despacho como si hubiera fuego dentro. Sabía que venir era una pérdida de tiempo y aun así lo había intentado. El alcalde era famoso por no dar su brazo a torcer nunca cuando las acciones beneficiaban a su Ayuntamiento y que derrumbaran el orfanato le favorecía.

Si tan solo consiguiera dar con el dueño del orfanato, no tendría que lidiar con todo esto. Pero eso era imposible. Nadie en este pueblo lo sabía.

Cuando salí a la calle, el aire fresco me golpeó en la cara y pude volver a respirar con normalidad. El de allí dentro estaba viciado por el poder.

Caminé sin rumbo fijo tratando de buscar una solución. ¿Qué podía hacer? Desde que llegué hace unos días y me enteré de lo que iba a pasar con el orfanato, no he cesado en mi intento de comprarlo. No es que me interese la casa, al fin y al cabo, está destruida casi al completo, pero sí quiero esa parcela. La necesito, más bien.

No podían destruir lo único bueno que tuve antes de que mi vida cambiara cuando me adoptaron. No podían destruir lo único que me quedaba... de él.

Hace catorce años que lo vi por última vez y no hay Navidad que no me arrepienta de haberlo abandonado. Mi ansia porque me acogieran y tener una vida mejor me llevó a dejar de lado a una de las personas más importantes de mi vida.

Axel.

Nunca tuve intención de incumplir la promesa que le hice sobre regresar cada Navidad. Mi nueva familia y yo nos mudamos lo suficientemente lejos para que no pudiera coger un dichoso autobús sola y viajar hasta el pueblo. Nos separaban cientos y cientos de kilómetros, y por mucho que lloraba cada año para mis padres me llevaran hasta aquí, nunca lo conseguí. A partir de ese momento tenía una nueva familia, dos padres y una hermana mayor, y debía pasar las

fiestas señaladas con ellos.

Con catorce años me hice una promesa que tampoco cumplí: cuando fuera mayor de edad, iría hasta allí, costase lo que costase. Sin embargo, cuando llegó ese día, había pasado el tiempo suficiente para tener en mente otras prioridades y el pasado quedó relegado a segundo plano.

No fue hasta hace tres años que nació mi sobrina que fui consciente de la importancia de mantener en tu vida a las personas que querías. Y sabía que había fallado a algunas. Lo había hecho mal, muy mal, y quería enmendarlo.

Por eso, me hice una última promesa, una que sí cumplí y que seguiría haciéndolo año tras año. Cada Navidad viajaría al pueblo para reencontrarme con mi yo del pasado y disfrutaría como una enana del ambiente navideño en el que hacía pasado muchos años de mi infancia.

La primera vez que regresé, sentí mucho vértigo. Por mucho que hubiese estado mentalizándome durante meses de que iba a ocurrir, nada me había preparado para lo que sentí. La plaza del pueblo llena de luces, con ese inmenso árbol decorado que siempre me había parecido grande y ahora lo era aún más, el buzón de Santa Claus lleno de cartas de niños inocentes deseosos de conocerlo. El olor a canela, los villancicos, las risas y las miradas amables de sus habitantes... Regresar fue como volver a creer en la magia y en las cosas imposibles.

Los primeros días evité ir hasta donde estaba el orfanato. Quería impregnarme primero de la felicidad que derrochaban sus calles antes de que esa emoción se convirtiera en nostalgia. Hasta que no pude retrasarlo más y partí hacia el lugar.

Lo que me encontré fue devastador.

El que fue mi hogar estaba completamente abandonado. El césped que tenía delante tapaba por completo el camino de piedra que había cruzado cientos de veces. El techo empezaba a agujerarse, las ventanas tenían grietas y el buzón en la entrada ya no estaba.

No me acerqué, no pude. Estuve lo que me parecieron horas contemplándolo, recordando mi llegada aquella tarde de tormenta. La tarde que lo conocí.

Mentiría si dijera que esperaba verlo. Era consciente de que era imposible que estuviera aquí, entre sus paredes. ¿Lo habrían adoptado o por el contrario se marchó al cumplir la mayoría de edad?

El no saber de su paradero me creó un nudo en la garganta. Solo deseaba con todas mis fuerzas que estuviera bien.

Esa noche, tumbada en la cama del hostel donde me hospedaría los quince días de mis vacaciones en el pueblo, no pude dormir. Mi conciencia y el remordimiento no me dejaban.

En la vida me arrepentía de algunas cosas, pero sin duda la que estaba en el número uno fue abandonarlo. Debí de haberle escrito alguna carta, pues en el orfanato no tenían teléfono, o haber regresado mucho antes. Antes de que fuera demasiado tarde.

En su lugar, lo había perdido para siempre.

Y ya no había vuelta atrás.

Pasé el resto de mi estancia intentando quitar de dentro de mí ese regusto amargo y, por

suerte, lo conseguí un poco. Estar en el pueblo se convirtió en algo fácil y necesario.

Y por eso volví al año siguiente, justo en las mismas fechas, para reencontrarme una vez más conmigo misma.

Y al siguiente, que es donde me encontraba ahora. Regresaba cada quince diciembre y me marchaba el treinta para compartir el año nuevo con mi familia. Cuando les informé de mi decisión de pasar el día de Navidad fuera de casa, no les sentó muy bien. Supongo que lo asumieron cuando vieron que tenía intención de repetirlo todos los años.

Apenas llevaba un día cuando me enteré de que el orfanato iba a desaparecer y no podía permitirlo. Sentada en la cafetería donde cada tarde me tomaba un chocolate muy caliente, tomé la decisión de comprarlo. No quería el edificio, solo el lugar para construir mi hogar.

A mis veintiséis años todavía vivía con mis padres. Nunca fui a la universidad, no quise, por lo que trabajaba desde los dieciocho sin parar para ahorrar y poder tomar mis propias decisiones. ¿Y qué si quería mudarme lejos de donde estaba mi familia? Siempre podía viajar para verlos.

Vivir en el pueblo se convirtió una necesidad. Por desgracia, comprar la parcela era prácticamente imposible. Estaba a nombre de alguien, nadie sabía quién, y había una cláusula muy antigua cuando se compró que decía que el lugar podía explotarse mientras estuviera en pie. Si alguna vez dejara de estarlo, podría derrumbarse y pasaría a ser del Ayuntamiento.

Por el estado de abandono del orfanato, deducía que quien estuviera detrás de la propiedad, lo había dejado a su suerte. El alcalde, cuando anunció su demolición, aseguró que su destrucción no sería en vano. No reveló qué pondrían en su lugar, si bien los habitantes del pueblo aseguraron que finalmente se lo quedaría él para construir una casa nueva que regalar a alguno de sus amigos o familiares. Y eso no lo podía permitir.

Como una ingenua, tras intentar averiguar la identidad del propietario en vano, fui hasta el Ayuntamiento para hablar en persona con el alcalde. Tampoco sirvió de nada.

Así que ahora me encontraba en un callejón sin salida.

Con la cabeza funcionando a mil por hora, decidí marcharme al hostel para trazar un plan. Todavía tenía unos días para conseguir que aplazaran el derrumbamiento. Necesitaba tiempo y tenía que conseguirlo como fuera.

Cuando solo me quedaban unos metros para llegar al hostel, giré la calle con tanta prisa que choqué abruptamente con alguien y las bolsas de la compra que éste tenía en las manos salieron disparadas.

—Casi me matas del susto, niña —comentó la anciana llevándose una mano en el pecho—. ¿Adónde ibas con tanta prisa?

—Lo siento mucho.

Me agaché de inmediato para recoger la compra que se había desparramado por el suelo y la devolví a sus bolsas.

—No te preocupes. De todas formas, iba muy cargada.

—Lo siento, de verdad. ¿Necesita ayuda?

—La aceptaré si dejas de disculparte. Lleva la bolsa que acabas de recoger. Vamos.

Sin decir una palabra más, comenzó a andar y yo la seguí como un autómata. Reconocía su cara de haberla visto en alguna ocasión. No sabía su nombre. Era una mujer solitaria que apenas se relacionaba con algún que otro vecino cuando salía a hacer la compra, como ahora.

Caminamos en silencio durante unos minutos hasta que se detuvo frente a una pequeña casa de color amarillo. Abrió la puerta y la dejó abierta, esperando a que la siguiera.

—Puedes dejar la bolsa en la cocina. Está en la puerta de la derecha.

Avergonzada de encontrarme en una situación así, dejé la bolsa con sumo cuidado en la encimera y di media vuelta, deseando salir de esta casa. La anciana se encontraba en el salón, moviendo las manos como si las tuviera doloridas.

—¿Necesita que la ayude a colocar la compra?

—No te preocupes. El muchacho me ayudará ahora. Tiene que estar a punto de llegar.

En cuanto terminó la frase, se escuchó la puerta principal cerrarse y unos pasos aproximarse.

Era hora de marcharse.

Sin embargo, en cuanto lo vi, me quedé paralizada y mi mundo comenzó a girar a gran velocidad.

—¿Axel? —susurré sin poder creérmelo.

—¿Vera?

Era él.

Había vuelto.

CAPÍTULO 3

Axel

Si me hubieran dicho cuando regresé al pueblo que ahora me sentiría así, no me lo hubiera creído. Lo cierto era que no esperaba encontrar nada, ya que lo que realmente quería no estaba aquí.

Vera no estaba y en cada paso que daba sobre el asfalto que tanto pisamos de pequeños me acordaba de ella. A pesar de las circunstancias, cuando llegó al orfanato recuperé una parte de la alegría que había desaparecido tras la muerte de mis padres.

Con ella fui feliz y que ahora fuera tan solo un fantasma todavía me afectaba. Porque lo que sentí cuando estaba a su lado era especial, tanto que dudaba mucho que tuviera una conexión igual con alguien en el resto de mi vida.

Su recuerdo aquí era más vívido aún y eso me aportaba un poco de paz, por macabro que pareciera. Dolía, pero ya no tanto.

Con la demolición del orfanato tendría la posibilidad de despedirme. De ella, del pueblo, de mí... Quería decirle adiós a aquel niño que soñaba con verla cada Navidad.

Y después, todo terminaría. Volvería a casa, a mi trabajo y a mi vida, por muy monótona y solitaria que fuera. Me iría satisfecho después de cerrar una puerta que ni siquiera sabía que permanecía abierta después de tantos años.

Al fin y al cabo, el tiempo no curaba las heridas, solo las ocultaba. Y eso hice yo, ocultarlas durante años.

Ahora era el momento de tomar las riendas de mi vida y eso solo me lo iba permitir el saber decir adiós.

Por un momento, pensé que también me dolería decir adiós a Abigail, la anciana que me había acogido sin pensárselo dos veces. Me sorprendía que siendo una persona tan reservada me cediera una habitación en su propia casa sin conocerme de nada.

En los pocos días que llevaba aquí, habíamos compartido algunos ratos juntos. Le ayudaba con la compra, me sentaba en el sillón de al lado mientras veía la televisión y desayunábamos juntos, algunas veces sumidos en el silencio. Creía que me sentiría incómodo en algún momento, mas no fue así. Estar con Abigail era fácil. Suponía que, en el fondo, aunque fuera seria y huraña, no dejaba de ser la hermana de Sally, una persona amable, dulce y cercana.

Por eso, cuando llegué a su casa a la hora de comer tras haber dado un paseo, me extrañó escucharla hablar con alguien. Hasta ahora, no había visto a nadie entrar en la casa. Era como si fuera su templo, solo entraba quien ella quería.

Al llegar al salón, que era donde provenían las voces, me paralicé al verla.

Era ella.

Y no lo estaba imaginando como otras veces.

Era tan sumamente real que hasta dolía.

—¿Axel? —susurró y su voz me produjo un escalofrío.

—¿Vera? —pronuncié de igual forma con un hilo de voz.

Los años que habían pasado por ella la habían convertido en una mujer preciosa. Su melena rizada ahora apenas le rozaba los hombros. Sus mejillas seguían rojas como cuando era una niña y esos ojos en los que tantas veces me había perdido ahora brillaban de una forma que no reconocía.

Di un paso adelante sin poder creer todavía que la tenía justo en frente de mí, que mis plegarias habían sido escuchadas. Pero Vera, al verme, retrocedió como si tuviera miedo.

—Tengo que irme.

Y con la misma rapidez que lo pronunció, se marchó sin darme tiempo a reaccionar.

Permanecí allí, quieto, incapaz de hacer otra cosa que sentir mi corazón golpeando con fuerza mi pecho. ¿Qué otra cosa podía hacer? La había encontrado y ella había huido. Se había marchado otra vez.

—Así que os conocéis —comentó la anciana interrumpiendo mis pensamientos.

Dirigí mi mirada adonde estaba, sentada alrededor de la mesa redonda donde comíamos junto a la chimenea. Tenía una ceja alzada y los brazos apoyados sobre la superficie, como si esperara algo.

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo. ¿Tienes hambre?

Y tras eso, se levantó con una sonrisa en la cara y se marchó a la cocina.

Apenas tardé en seguirla para desahogarme. Nunca le había contado a nadie cómo fue mi infancia y lo que significó Vera.

Ya era hora de que eso cambiara.

La lluvia no me dejaba dormir. Las gotas golpeaban sin cesar en la ventana de la que era mi habitación temporal, formando un ruido sordo que se había clavado en mi mente.

Aunque, en el fondo, sabía que esa noche no podía dormir por otro motivo. Vera estaba en el pueblo y no poder verla me tenía inquieto y ansioso. Mi cabeza me pedía que dejara pasar el tiempo, que tarde o temprano nos cruzaríamos por la calle. Pero mi corazón me decía que los días aquí estaban contados y que no podía perder ni un segundo más. Tenía que buscarla, pero ¿por dónde empezar? Ni siquiera sabía dónde se hospedaba. Es más, llevaba varios días aquí y ni siquiera nos habíamos cruzado.

Tal vez ella acabase de llegar.

Tal vez no quisiera verme.

Tal vez viniese acompañada...

Gruñí en voz alta para borrar todos esos pensamientos que me invadían a las tres de la madrugada y me levanté de la cama. Estaba cansado de mirar el techo tratando de buscar una solución que no llegaría.

Me puse el abrigo sobre el pijama, me calcé unas deportivas y bajé las escaleras intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a Abigail.

Cogí un paraguas prestado de los que estaban junto a la puerta y me marché caminando sin rumbo fijo. Necesitaba dar un paseo, refrescar las ideas y trazar un plan para verla.

Con la cabeza funcionándome a mil por hora, me detuve frente al que fue mi hogar de niño. Mis pasos me llevaron hasta aquí por una razón y al alzar la mirada, lo supe. Ella estaba allí, de espaldas a mí sin paraguas mientras el agua caía sobre su pelo como la primera vez que la vi.

Y fue entonces cuando fui consciente de que lo que sentía por Vera era lo suficientemente fuerte como para no dejarla escapar nunca más.

La quería.

El problema era que no sabía si ella estaría dispuesta a quedarse en mi vida.

Me acerqué con sigilo, temeroso de que se marchara, y me mantuve a su lado lo suficientemente cerca para que cupiéramos en el enorme paraguas.

Vera no se inmutó. Era como si, en el fondo, me hubiera estado esperando y eso me dio esperanzas.

Lancé un suspiro y miré al frente esperando algún movimiento por su parte.

Ella no tardó en hablar a través del sonido de la lluvia.

—Todavía no me creo que todo lo que vivimos se vaya a convertir en polvo.

No le contesté. No podía porque la realidad pesaba sobre mi pecho.

—Lo siento tanto, Axel...

—¿Qué es lo que sientes exactamente?

Sabía que Vera me debía una explicación desde hacía años, pero no estaba seguro de querer escucharla justo en ese momento. No en medio de una tormenta con nuestro pasado acechándonos.

No cuando acababa de descubrir que la quería.

Sentí sus ojos atravesarme y mi cabeza se giró en su dirección como un imán. Estábamos muy cerca. Sus ojos rebosaban tristeza. Sabía que estaba arrepentida porque me miraba de la misma forma que lo hacía cuando era pequeña.

En ese instante volví a ver a aquella niña reflejada en sus ojos y tomé una decisión.

Saqué de mi bolsillo la pequeña camioneta roja que siempre llevaba conmigo y se la tendí. Ella la cogió de inmediato y clavó sus ojos sorprendidos en los míos.

—Creo que los dos nos merecemos una segunda oportunidad. Te espero mañana en la cafetería de siempre a las diez de la mañana.

No esperé una respuesta por su parte.

Me marché deseando vernos al día siguiente.

Solo esperaba que se presentara.

CAPÍTULO 4

Vera

Lo vi en cuanto entré en la cafetería. Era como si mis ojos tuvieran un radar que lo buscaba allá donde estuviera.

Estaba sentado en una de las mesas del fondo, mirando a la nada. Cogí aire y caminé aparentando una seguridad que no tenía. En el fondo me temblaba todo el cuerpo. Tenerlo delante después de tantos años no era fácil de asimilar.

Me permití observarlo unos segundos antes de sentarme y que tuviéramos la conversación que nos esperaba. Había cambiado mucho. Ahora tenía el pelo más largo en la parte de arriba dándole un toque más desenfadado, su mandíbula estaba más marcada y me parecía mucho más alto. Claro que la última vez que lo vi apenas era un niño.

Y sus ojos, esos que ahora me miraban, relucían muy abiertos.

—Pareces sorprendido.

—No es la primera vez que desapareces —reclamó.

Agaché la cabeza avergonzada. Sabía que tenía razón, pero eso no hacía que doliera menos.

—Axel, yo... —titubeé.

Permanecí en silencio unos segundos para ordenar las ideas en mi cabeza. ¿Por dónde empezar? Esta conversación no iba a ser fácil para ninguno de los dos.

Abrí la boca para comenzar con mi discurso, pero no llegué a pronunciarlo.

—Estás aquí, Vera.

Sus palabras me aturdieron.

—¿Y eso qué significa?

—Que no necesito explicaciones. Ya no —prosiguió—. El destino ha querido que nos reencontremos. ¿Sabes el tiempo que llevaba esperando esto? Así que ahora quiero aprovechar este momento. Sin reproches.

—Sin reproches —confirmé.

La idea me gustaba, aunque mi temor era que al final explotara por algún lado. Le hice daño y si yo no lo había olvidado que fue la que se marchó, no creía que él lo hubiera hecho tan fácil y rápido.

Pedimos un chocolate caliente como cuando éramos niños y bebimos los primeros sorbos mirándonos de reojo, tímidos, como si no supiéramos qué hacer o decir.

Nos conocíamos desde que teníamos seis años, pero nos habíamos convertido en unos extraños. Y quería cambiarlo. Quería conocer qué había sido de su vida, si vivía muy lejos del pueblo, a qué se dedicaba o si tenía una mascota.

Por eso, tomé la iniciativa y me aventuré a preguntarle como si nada hubiera pasado. Como si fuéramos solo dos viejos amigos poniéndose al día.

Me contó que trabajaba como administrativo en una empresa y que vivía en una enorme ciudad cuyo ajetreo lo mantenía en alerta todo el tiempo. No sabía que así era hasta que llegó al pequeño pueblo y saboreó la tranquilidad. Yo le relaté que tenía una sobrina a la que adoraba, que trabajaba durante todo el año porque tenía algunos proyectos en mente y que seguía amando la Navidad como cuando era una niña.

Eran pocos los detalles que nos dábamos, aunque suficientes para que me sintiera de nuevo en su vida.

Me encantaría contarle que cada veinticinco de diciembre lo recordaba y que siempre le pedía a Santa Claus un regalo pensando en él. Que desde que lo dejé en este pueblo no había vuelto a sentir como me sentía en este momento. Viva y completamente feliz. Que me seguía pareciendo adorable cómo arrugaba la nariz cuando el chocolate estaba muy caliente o la forma de alzar la ceja cuando algo le sorprendía.

Pero no me atreví.

—¿Y cómo es que has decidido regresar después de tantos años viviendo tan lejos? ¿Qué te trae por aquí?

—Tiene gracia... —dijo sonriendo de lado.

—Cuéntamelo.

A pesar de que ya me había terminado el chocolate, no podía evitar jugar con la taza. Seguía nerviosa por más que lleváramos una hora conversando.

—Mi amigo Marco es un fanático de las noticias raras y cuando ve una que le parece interesante, me la envía al móvil. Normalmente no le hago mucho caso, pero ese día, sin saber aún por qué, pinché sobre ella y la leí. Iban a demoler el orfanato.

Axel miró a otro lado al contármelo. Se notaba que le dolía igual que a mí lo que iba a pasar en unos días. A ambos nos partía el corazón.

—Entonces metí lo que pude en una mochila, pedí en el trabajo que me adelantaran las vacaciones y el resto es historia.

—¿Estarás todas las Navidades?

—Me iré en cuanto el orfanato deje de existir.

Sus palabras me produjeron un escalofrío. Era como si, al derrumbarse, también lo hiciera nuestro pasado.

—Siempre nos quedarán los recuerdos... —murmuré.

Durante un instante me apeteció contarle mis planes, que quería buscar al dueño del

orfanato para crear un hogar y partir de cero. Pero era inútil. Nuestro encuentro tenía fecha de caducidad mucho antes de que ocurriera.

Incluso empezaba a pensar que la idea de comprar la parcela para construir una casa no era una buena idea. Ahora, tras verlo, ¿cómo iba a hacer para vivir en el pueblo recordando su versión adulta pasear entre sus calles? Ya tenía suficiente con recordar nuestra infancia.

Quedarse en el pueblo sin él era demoledor.

Tragué el nudo que tenía en la garganta y me obligué a continuar la conversación como si nada hubiera pasado. Le conté que esta era mi tercera visita y que algunas cosas seguían igual, como esta cafetería o la visita de Santa Claus en la plaza del pueblo cada mañana de Navidad.

—¿Has sabido algo de los niños del orfanato? —preguntó con cautela.

—Me encontré a Brad el año pasado. Vive a las afueras del pueblo y le va bien. Tiene un taller de coches y es papá de una preciosa niña de dos años. Del resto no sé nada.

—Entiendo. Todos queríamos irnos lejos de este lugar.

Agachó la cabeza y jugueteó con sus manos sobre la mesa.

Ninguno tuvimos una infancia fácil. Cualquiera que creciera sin padres no la tendría, pero allí éramos felices a nuestra manera. Teníamos un techo —uno que ahora iba a ser destruido— y un plato caliente y delicioso cada día. Reconocía que vivimos momentos difíciles, ya que a medida que crecíamos éramos más conscientes del por qué estábamos allí. Algunos se rebelaban por eso, haciéndoselo pasar mal al resto de los niños.

Axel se llevó una de las peores partes cuando lo desplazaron por no ser como ellos, alegres y con un punto rebelde. Hasta que llegué yo.

Y suponía que había sido peor cuando me marché...

Permanecimos unos minutos más en silencio, sin saber cómo volver el ambiente de camaradería que teníamos antes de las últimas frases de la conversación.

Axel carraspeó y ahí supe que se había terminado.

Por eso, decidí ser valiente y no perder la oportunidad.

—Esta tarde me gustaría visitar el mercadillo navideño que hay en la plaza. Siempre compro algo para mis padres. ¿Te apetecería...? —dudé, si bien no pude terminar la frase porque me interrumpió.

—Le prometí a Abigail que le ayudaría con unas tareas.

Su contestación cayó encima de mí como un jarro de agua fría. Por un momento creí que volveríamos a recorrer las calles juntos, uno al lado del otro como si el tiempo no hubiera pasado. Como si nada hubiera pasado...

—Lo siento —se disculpó con las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

—No pasa nada.

Me levanté desilusionada y me encaminé a la barra para pagar los chocolates que habíamos

tomado. Sentí su mirada clavarse en mi espalda y deseé salir de aquí corriendo para esconderme en mi habitación.

Me había arriesgado y había salido mal. ¿Qué podía pretender, en realidad? Él había dicho sin rencores y me lo creí. Pero era imposible olvidar algo que te había hecho tanto daño.

Cogí el cambio que me tendió la camarera y respondí su sonrisa con una un tanto triste. Fui hasta la puerta sabiendo que me seguía.

El frío del invierno me sentó bien y el paseo hasta el hostel donde me hospedaba me ayudaría a aclarar las ideas. Tenía que dejar de ser tan confiada y asumir que Axel había regresado, pero que se marcharía tan pronto como lo había encontrado.

Él tenía su vida, era un hecho. Y dolía. Joder si dolía...

Dolía tenerlo tan cerca y no poder abrazarlo.

Dolía no poder actuar con normalidad por miedo a romper algo. Tal vez a él o a mí.

Y dolía que la Navidad, mi fecha favorita del año, volviera a tener un sabor amargo cuando ya no estuviese.

—Me ha gustado compartir este momento contigo.

—Y a mí —respondió con timidez.

—Gracias, Axel.

Y tras eso, hice lo que mejor se me daba.

Me marché.

CAPÍTULO 5

Axel

¿Cómo había podido hacerle eso? Había mentido a Vera y lo peor era que había salido de mi boca como si nada.

Y la respuesta es que era un cobarde. Tenía miedo de pasar más tiempo con ella porque solo había bastado unos minutos para darme cuenta de que no quería dejarla marchar. Que el dolor que había sentido cuando era niño no se podía acercar siquiera a lo que sentiría ahora.

Qué hipócrita había sido al decirle que quería aprovechar el momento. Había desperdiciado la oportunidad de estar con ella y todo por cobardía.

Ahora estaba en el salón con Abigail mientras veía la televisión con una manta sobre las piernas y hacía ganchillo. Yo tenía la mirada perdida, pensando en Vera y en lo incómoda que había sido nuestra despedida. Me dio las gracias como si diera por sentado que no volveríamos a vernos. Así se lo había transmitido, aunque no podía estar más equivocada.

La necesitaba y eso me resultaba aterrador.

Por eso mismo, una parte de mí —tal vez la más profunda—, pensaba que había hecho lo mejor al alejarla porque mis sentimientos por ella eran cada vez más fuertes.

Estaba enamorado de Vera. Quizás siempre lo estuve y no me había dado cuenta hasta ahora, y eso me hacía sentir raro. Ella fue mi amiga, mi confidente. En cada recuerdo estaba ella. Y estaba muy seguro de que Vera jamás sentiría nada parecido por mí.

El sentimiento de abandono regresó en ese instante más fuerte que nunca, robándome la respiración. Apreté las manos a ambos lados del sillón e intenté disimular todo lo que pude para que Abigail no se diera cuenta, aunque fue en vano.

—Si sigues apretando tan fuerte el sillón le vas a hacer un agujero.

Aparté las manos con rapidez y las escondí bajo la manta que también arropaba mis piernas.

—¿Qué haces aquí metido que no estás con la chica? Pensaba que querrías pasar tiempo con ella —volvió a la carga la anciana.

La miré sorprendido. No esperaba que sacara el tema. Por eso, traté de desviar la conversación.

—Pensaba que te gustaría tener algo de compañía.

—Si me gustara la compañía hace tiempo que hubiera adoptado un gato.

Las mejillas se me tiñeron de rojo de inmediato por la vergüenza. Ella tan solitaria y yo ocupando una de sus habitaciones.

—Frena esos pensamientos, chico. No me molestas. Si no, no te hubiera ofrecido mi casa.

—Y le estoy muy agradecido —respondí escueto.

—Agradécemelo yendo a buscarla —contraatacó—. Apuesto a que a ella también le gustaría pasar tiempo contigo.

—Es que yo... —tartamudeé—. No quiero...

—No quieres que se vaya de nuevo porque eso te hará más daño, ¿verdad? Déjame decirte algo. Todos nos marchamos en algún momento. Depende de uno mismo decidir qué queremos hacer mientras tanto.

Y tras ello, volvió a mirar la televisión como si no hubiera soltado una bomba.

Como si no tuviera toda la razón del mundo.

Y pensé, ¿qué diablos hacía desperdiciando los días que nos quedaban hasta que tuviéramos que irnos?

Me levanté de un salto y le di un inesperado beso en la mejilla a Abigail que la dejó con los ojos muy abiertos y las mejillas rojas.

—Gracias —murmuré y ambos sonreímos.

Apenas tardé un minuto en salir corriendo en dirección a la plaza del pueblo.

Iba a exprimir hasta el último minuto.

Al llegar, allí estaba. Vera seguía siendo la misma, aquella que nada ni nadie la frenaba si quería hacer algo.

Se paseaba de aquí para allá, charlando y riendo con los comerciantes. Aunque estaba un poco lejos, su risa rebotaba por todos sitios. La observé unos segundos mientras me empapaba de ella, de su alegría. Siempre le había encantado la Navidad. Era su época favorita del año y me alegraba saber que los años no habían menguado sus ganas de que llegara diciembre.

Con una sonrisa en la cara, comencé a acercarme. Ella no tardó en verme y sus ojos brillantes lo iluminaron todo.

—¡Has venido! —exclamó eufórica.

Dio un paso adelante con ademán de acercarse, tal vez para abrazarme, pero se arrepintió en el último momento y los dos nos quedamos quietos frente al otro.

A decir verdad, hubiese dado lo que fuera porque lo hiciera. Porque se acercara y me abrazara. Por sentir de nuevo su calor después de tantos años. Por sentirla de nuevo un poco mía.

Con timidez, Vera comenzó a hablar.

—¿Cuál crees que debería llevarme?

Entre sus manos tenía dos adornos. Uno era un pequeño cascanueces en tonos blanco y plateado, y el otro era una galleta de jengibre con una bufanda roja y un gorro de Navidad.

—Los dos son preciosos —respondí. Me fijé en que todo lo que había en ese puesto del mercadillo era un tesoro—. Lo cierto es que todo lo que hay aquí lo es. Me costaría elegir si fuera tú.

—No me estás ayudando mucho —bromeó.

Ambos miramos embobados los dos que había escogido. Sabía perfectamente por qué, de entre todos los que había, esos dos estaban en sus manos.

De pequeños habíamos visto cientos de veces la película de *El Cascanueces*. La echaban cada Navidad en la televisión. Y también hacíamos cientos de galletas de jengibre con Sally. Las primeras veces nos salieron malísimas. Después fuimos mejorando y hacíamos las mejores de todo el pueblo.

Por eso le costaba elegir, al igual que me pasaba a mí. Era complicado escoger entre dos recuerdos tan bonitos y preciados de nuestra infancia.

—Envuélvame los dos, por favor —le dijo Vera al comerciante—. Me los llevo.

El hombre los envolvió en papel con sumo cuidado y se los entregó en una bolsa que Vera cogió con mimo tras pagarle.

Nos apartamos de allí, pues más personas comenzaban a acercarse al ver las maravillas que tenía. Vera se detuvo en una esquina para mirar dentro de la bolsa. Cogió uno de los adornos envueltos y me lo tendió.

—Es para ti, para tu árbol. Para que tengas siempre presente este pueblo.

Lo cogí con inseguridad. Apenas era un adorno pequeño y frágil, pero me pareció que sobre mi mano pesaba toneladas.

Me puse nervioso de inmediato.

—Te lo agradezco, pero... No pongo árbol en casa. Nunca lo he puesto.

Vera abrió los ojos con sorpresa.

—¿Por qué? De niño disfrutabas cuando lo montábamos en el orfanato.

Titubeé. No sabía si debía ser sincero o inventarme cualquier excusa.

—Yo... —comencé a decir sin saber qué palabras usar—. Cuando perdí a mis padres, todo me dejó de importar. Después te conocí, tan alegre y entusiasta, y comencé a ver de nuevo la Navidad en tu mirada. Pero cuando te fuiste...

Me quedé callado, incapaz de seguir.

—Entonces vuelve a mirarme y te haré creer de nuevo en la Navidad, Axel. Te lo prometo.

Y después de mucho tiempo, volví a creer en las promesas.

CAPÍTULO 6

Vera

Estaba tratando de convencer a Axel para que fuéramos a patinar sobre hielo a la ciudad de al lado, pero no había forma.

Ayer, tras pasar una tarde estupenda paseando por el mercadillo y comiendo buñuelos con chocolate de camino a nuestros alojamientos, me atreví a pedirle el número de teléfono para estar en contacto. Me alegraba mucho que se hubiera animado a pasar la tarde conmigo. No lo esperaba en absoluto después de su negativa, por lo que verlo me llenó de felicidad. Pero no sabía si el resto de los días que nos quedaban aquí correría con la misma suerte.

Por eso se lo pedí y ahora trataba de que hiciéramos un plan divertido juntos. Recordaba que de niño soñaba con patinar sobre hielo, pero en el orfanato nunca nos llevaban fuera del pueblo. Con los años, Axel perdió la esperanza de hacerlo.

Y quería que cumpliera ese sueño conmigo. Quería sustituir los malos recuerdos que tenía de este sitio por buenos para que cuando nos marcháramos, no doliera tanto.

Claro que existía la posibilidad de que ya hubiera patinado años atrás...

Deseché la idea tan pronto como llegó. Axel me había revelado que dejó de creer en la Navidad cuando me fui, por lo que dudaba que hubiera hecho algo estos años que estuviera relacionado con esta época.

Insistí un poco más hasta que aceptó y aplaudí a solas en mi pequeña habitación del hostel como si fuera una niña pequeña a la que acababan de hacerle el mejor de los regalos. Y tal vez así era.

Cada vez estaba más convencida de que el reencuentro con Axel había sido un maravilloso regalo.

Acordamos que lo recogería en dos horas en la casa de Abigail y me vestí con rapidez. Tenía que prepararlo todo para que saliera bien y que quisiera repetir.

Lo preparé todo emocionada por el día que íbamos a pasar juntos. Me gustaba compartir momentos con él, aunque las mariposas se empeñaran en revolotear en mi interior una y otra vez.

Habían aparecido la tarde anterior y, a decir verdad, no esperaba sentirme así con él. Era extraño, pero en el fondo me gustaba. Sentía miedo porque teníamos los días contados. Él se iría antes y yo me quedaría hasta final de año, como siempre.

Estar con Axel me había hecho olvidar un poco mi misión de estos días, que era averiguar quién era el dueño del orfanato. Ahora lo veía como algo imposible. Yo pedía un milagro y se me había concedido, solo que de otra forma. La vida me había traído de nuevo a Axel y era mucho más de lo que me hubiera gustado. Era todo lo que llevaba años deseando y no iba a quejarme.

Antes del salir del hostel, me dirigí al pequeño restaurante que tenían dentro para pedir algunas cosas para llevar. Prepararé una cesta con bocadillos, refrescos y galletas de canela para comer después de patinar. Justo al lado de la pista de hielo natural —la más grande de los alrededores— había un parque precioso en el que pasar la tarde.

Recordé que debía coger dos mantas, una para sentarnos sobre ella y la otra para resguardarnos del frío.

En mi mente imaginaba que sería un día perfecto y eso me emocionó aún más.

Cuando tuve todo preparado, salí de casa en dirección al taller de Brad. Le había escrito hacía una hora, después de que Axel aceptara mi propuesta, para que me prestara una de sus camionetas.

Reencontrarme con él el año pasado fue una coincidencia muy bonita. En el pasado no habíamos tenido mucha relación ya que él, por aquel entonces unos años mayor que nosotros, era un poco rebelde y tendía a buscarse problemas.

Me alegró saber que era feliz y que atrás quedaba la rebeldía. Ahora era papá de una niña, tenía su negocio, una pequeña casa a su nombre y una mujer dulce y maravillosa. Nuestro reencuentro no fue nada incómodo. Ambos nos alegrábamos de que nos fuera bien y a pesar de que no manteníamos el contacto, cuando viajaba al pueblo pasaba a saludarlo.

El año pasado, cuando apenas faltaban unos días para marcharme, Brad me ofreció una de sus camionetas para visitar las proximidades del pueblo. Y es que, aunque era un lugar un poco perdido, alrededor había unos parajes naturales de ensueño. Incluso si durante el invierno hacía mucho frío, nevaba en los bosques. Todavía no había tenido la suerte de ver caer la nieve, aunque no perdía la esperanza.

Por eso, necesitaba un vehículo para llevar a cabo mi plan con Axel y sabía que Brad me lo dejaría.

Mi sorpresa fue que, al llegar, me encontré frente a una vieja pero bien conservada camioneta roja. La misma que Axel me dio cuando nos reencontramos bajo la lluvia en el orfanato hacía unos días y que todavía guardaba como un tesoro.

Y ahí supe que nada podía salir mal.

Me subí a ella con una enorme sonrisa y me despedí de Brad prometiéndole que se la devolvería en unas horas. Conduje hasta mi destino y aparqué justo en la calle de al lado, pues donde Axel se hospedaba era peatonal. Le envié un mensaje para informarle de que estaba aquí y apenas tardó un minuto en aparecer.

Llevaba un enorme abrigo que duplicaba su tamaño, unos guantes y gorro a juego, y una bufanda roja como la Navidad. Me pareció que estaba adorable.

—Te sienta bien el color rojo —aseguré y él se sonrojó al completo.

Por un momento, al verlo así, creí que Axel podía sentir lo mismo que yo, que también se le erizaba la piel y la respiración se le entrecortaba al verlo. Pero lo deseché para no hacerme ilusiones. No pasaría, por más que lo deseara.

—¿Nos vamos? —pregunté para romper el hielo.

Señalé la camioneta que estaba a mi espalda para que supiera que nos desplazaríamos en ella y vi cómo su cuerpo se tensó. Estaba segura de que no se esperaba que fuera ese vehículo precisamente. A decir verdad, yo tampoco lo esperaba.

En silencio, se montó en ella y emprendimos camino hacia la pista de hielo. Era un trayecto de casi una hora.

Los primeros minutos permanecimos en silencio, con una música suave de fondo que sonaba de la radio. No estábamos incómodos, al menos yo no lo sentía así. Para salir de dudas, empecé a hablar.

—¿Has patinado alguna vez?

—No.

Su respuesta fue escueta, sin emoción.

Por su tono de voz, sospeché que todos los sueños y planes que hicimos de pequeños no se habían cumplido y me sentí culpable. Si no me hubiera ido, tal vez...

—Necesito que me escuches, Axel —empecé a decir.

—No tienes por qué...

—Pero lo necesito —insistí—. Por favor.

Asintió con la cabeza frente a mi súplica. Él había dicho días atrás que no necesitaba explicaciones, pero yo quería dárselas. Quería que supiera cómo habían sido las cosas porque saber que mis actos habían marcado su vida de esta forma me estaba matando por dentro.

Quizás no cambiara nada lo que yo tuviera que decirle, no lo sabía. Lo que tenía claro es que quería que supiera que nunca tuve la intención de abandonarlo.

—Cuando me adoptaron se cumplió el deseo que cada Navidad pedía. Estaba tan cegada por ello que no sabía que tener un padre y una madre implicaba también perderte. Les supliqué cada año poder visitarte, pero siempre creyeron que reencontrarme con mi pasado no me vendría bien para crear un nuevo futuro. Por más que pataleaba y lloraba, no lo conseguí. Y cuando me hice mayor, había pasado tanto tiempo que mi mente estaba llena de otras prioridades. Para disgusto de mis padres, a los dieciocho años dejé de estudiar y empecé a trabajar. Primero quería ahorrar para viajar. Después para comprarme un coche. Más tarde para independizarme... Cada mes quería cambiar el rumbo de mi vida.

Tomé aire con la mirada perdida en la carretera.

—Siempre has sido muy inquieta —trató de justificar Axel para que no me sintiera tan mal.

—Pero esa inquietud me llevó a olvidar lo que era verdaderamente importante. Mis seres queridos. Y cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. Tú no estabas y no tenía forma de que nos encontráramos. Regresé al pueblo y hacía años que te habías ido. Nadie sabía de ti. En realidad, nadie sabía sobre nosotros, sobre aquellos niños perdidos que en cuanto pudieron, huyeron del pueblo. Y eso me destrozó.

Abrí un poco la ventanilla para que el aire golpeará mi rostro y me diera las fuerzas que,

con cada palabra, estaba perdiendo.

—Por eso, cuando te vi, supe que después de todo, algo había hecho bien porque la vida me estaba regalando lo que más quería. A ti —comencé a sentir un nudo en la garganta que pronto me impediría hablar. Por eso aceleré mi discurso—. Sé que nuestra relación no volverá a ser la misma, ojalá lo fuera. Solo pido disfrutar de cada minuto como si fuera el último. Como si mañana tuviéramos que volver a nuestras vidas y no volviéramos a vernos en años. Pero solo si tú también estás dispuesto de que así sea.

Seguí con la vista fija en la carretera. No me atrevía a mirarlo por miedo de ver en sus ojos algo que no me gustara y que terminara hundiéndome aún más.

Axel lanzó un suspiro que no supe interpretar.

—Desde el instante que te vi, supe que estaría dispuesto a cualquier cosa por mantenerte en mi vida, Vera. Y puede que el miedo me haya frenado en algunos momentos, pero te aseguro que eso no va a cambiar —murmuró con voz segura y el corazón me dio un vuelco—. Y ahora dime, ¿has patinado alguna vez o voy a ser el único que va a pasar más tiempo tirado en el hielo que sobre él?

Su comentario nos hizo reír a los dos y durante el resto del camino no hubo más silencios.

No podía evitar reírme sin parar cada vez que lo veía. Éramos apenas diez personas en la pista de hielo, lo que permitía poder patinar con tranquilidad y Axel no se movía del borde, agarrado a él como si se le fuera la vida si se soltara.

—No te pasará nada —alcé la voz para que me escuchara desde donde me encontraba, a unos metros de él.

Se movía con la lentitud de un anciano. Tenía el ceño fruncido y las mejillas rojas del esfuerzo por mantenerse bien agarrado y no caerse.

Alzó la mirada y frunció los labios como si fuera un niño pequeño. En ese momento, una chica que tendría unos doce o trece años patinó cerca de él con una fluidez propia de una patinadora profesional. Axel la miró receloso y gruñó algo por lo bajo que no alcancé a oír.

—¿Ves? —la señalé y me burlé un poco a su costa. Me lo estaba pasando en grande—. No es tan difícil.

—A esa edad son de goma. Si le pasa algo, se recuperará en dos segundos.

—No te recordaba tan gruñón. Si por lo menos te soltaras de una mano...

—Estoy bien así, gracias.

Continuó moviendo un pie delante del otro, dando pequeños pasos con sus patines. Al ser una pista de hielo natural, podías desplazarte mucho mejor, no como en las de hielo artificial que se picaba mucho con las cuchillas y al final era difícilísimo poder dar apenas una vuelta.

Axel me hizo caso y lo intentó con una mano. Al ver que no perdía el equilibrio, se animó a ir un poco más rápido. Solo un poco, claro. Su ceño ya no estaba tan fruncido y una pequeña

sonrisa se asomaba en su rostro.

—¿Mejor? —pregunté patinando a su lado.

Él asintió enérgicamente, ya más seguro de sí mismo. El patinaje era práctica y aunque creía que hoy no era el día en el que patinaría por sí solo, sabía que a la próxima lo conseguiría.

Pensar en su próxima vez sin mí a su lado me partía el corazón. A ambos nos quedaban muchas cosas por descubrir y muchos sueños por cumplir y, por desgracia, lo haríamos sin la compañía del otro.

—¿Confías en mí? —dije sin pensar. Axel asintió sin dudarlo y eso me animó—. Entonces toma mi mano y déjate llevar.

La agarró al instante. A pesar de que ambos teníamos guantes, nuestros dedos se entrelazaron con facilidad, como si lleváramos toda la vida yendo juntos.

Y comenzamos a patinar.

Y Axel pudo tachar ese sueño de la lista.

Ojalá fuera el primero de muchos.

CAPÍTULO 7

Axel

Ayer pasé uno de los mejores días de mi vida. No recordaba la última vez que había sido tan feliz.

Después de pasar horas patinando junto a Vera, algo que acabé disfrutando muchísimo, fuimos a un precioso parque que había cerca. Estábamos agotados y hambrientos, pero éramos incapaces de borrar la enorme sonrisa que teníamos en la cara.

Vera había traído una cesta con comida que devoramos en un pispás, sentados sobre una manta calentita con unas vistas alucinantes. Frente a nosotros teníamos un lago con una pequeña cascada que parecía sacada de un cuento. Lo había descubierto el año pasado y desde entonces se había convertido en visita obligatoria.

Por suerte no hacía demasiado frío. Íbamos bien abrigados y no nos hacía falta la segunda manta que había traído por si la humedad nos dejaba helados.

El buen tiempo nos acompañaba, al igual que la complicidad que cada vez era mayor entre nosotros. Reímos y charlamos hasta que llegó el atardecer y tuvimos que marcharnos antes de que oscureciera y no supiéramos volver.

Nos montamos en el coche satisfechos por el día que habíamos vivido. Era como si no hubiera pasado el tiempo. Estar con Vera era reencontrarme con el pasado, solo que ahora no había dolor tras ese pensamiento.

Ahora me encontraba en mi habitación, despierto desde hacía una hora, rememorando una y otra vez cada roce y cada secreto que habíamos compartido. Me sentía en una nube de la que no quería bajar.

Me levanté de la cama cuando mi estómago comenzó a rugir al oler al café que Abigail preparaba cada mañana. Era el mejor que había probado jamás y por eso se encargaba de preparármelo para que me tomara una buena taza al despertar. Ella decía que también le gustaba, aunque nunca le había visto beber ni un sorbito. Sabía con seguridad que lo hacía por mí y que, en el fondo, apreciaba mi compañía.

Abigail se había convertido en una persona especial para mí y lo pasaría mal cuando me marchase. No me gustaban las despedidas y decirle adiós no iba a ser fácil después de todo lo que me había ayudado y lo que había aportado a mi vida. Era por ella que había tenido la oportunidad de quedarme aquí más tiempo y, con ello, reencontrarme con Vera. Le debía mucho, aunque no lo supiera.

Bajé las escaleras todavía en pijama atraído como un imán por el olor. Abigail estaba sentada alrededor de la pequeña mesa de cocina leyendo el periódico, como cada mañana.

—Te he dejado una porción de bizcocho de limón al lado de la cafetera.

Hacía unos días que le había revelado que era mi favorito. Saber que había hecho uno por mí me emocionó mucho. Me serví una taza bien cargada y cogí el plato con la porción para sentarme a su lado y hacerle compañía.

Tenía por norma desde hacía años que lo primero que debía tomar nada más despertar era café. Pero ver ese dulce con tan buena pinta hizo que me la saltara. Estaba delicioso.

Intenté retener un pequeño gemido, pero fue imposible. Era un manjar.

Abigail me miró con una sonrisa ladeada y cerró el periódico, dedicándome toda la atención.

—Está delicioso —comenté en cuanto tragué el primer bocado.

—Me alegra que te guste —contestó ella, satisfecha—. Estás diferente, chico.

Miré hacia abajo, al pijama que todavía tenía puesto. Sabía que no se refería a eso, yo también me sentía diferente. No era el mismo chico que había llegado hacía más de una semana con el rostro perdido y mirada apagada. Y tratar de que no sacara el tema era imposible cuando se trataba de Abigail, ya lo había comprobado estos días.

—Apuesto a que el viaje está mereciendo la pena, ¿verdad?

—Mucho —respondí escuetamente tomando un sorbo.

—Y apuesto también a que es Vera quien está tomando la iniciativa.

Sus palabras me dejaron mudo. Tenía razón. Hasta ahora, a excepción de la noche en que le pedí vernos en la cafetería para hablar, los planes habían sido gracias a ella. Y habían sido espectaculares, sí. Puede que ella estuviera esperando a que yo propusiera algo.

Qué tonto estaba siendo.

—Sorpréndela.

—¿Cómo? Cuando estoy con ella no sé qué pensar o decir.

—Sigue haciéndolo como hasta ahora. Déjate llevar.

Abigail volvió a abrir el periódico y le dio la vuelta para enseñarme algo que había escrito. Era una noticia de un espectáculo que harían esta misma tarde, en cuanto anoheciera, en uno de los edificios más emblemáticos del pueblo. Se llamaba vídeo *mapping*, una proyección con luces que prometía ser espectacular.

Leí la noticia al completo y supe que a Vera le encantaría. Devoré lo que me quedaba de desayuno.

La anciana se carcajeó al verme tan emocionado y le di las gracias una vez más por ayudarme.

Subí las escaleras de dos en dos y le envié un mensaje a Vera antes de que le surgieran otros planes. Me apetecía mucho salir con ella.

No tardó en responderme que le encantaba la idea. Acordamos vernos justo antes de que anoheciera en la puerta de su hostel.

Y así, con el estómago lleno y con una cita planeada con la chica que quería, me sentí invencible.

—¿Y cómo has sabido lo del espectáculo? No había escuchado hablar de él.

Vera y yo caminábamos dirección al edificio donde se iba a proyectar el vídeo. Me miró de reojo enfundada en su abrigo rojo y el gorro blanco con un pompón sobre la cabeza que resaltaba sus rizos marrones.

Tenía la nariz enrojecida y sentí el impulso de acercarme y depositar un beso en ella, pero lo frené. No sabía por qué, si eran los nervios por haber propuesto yo el plan, las palabras de Abigail o que hoy estaba más preciosa que nunca, pero no podía parar de temblar. Por eso guardaba mis manos en los bolsillos del abrigo, por temor a que se diera cuenta.

Tragué saliva para borrar el nudo que tenía en la garganta y decidí ser sincero.

—En realidad ha sido Abigail quien me ha hablado del espectáculo. Venía en el periódico y he pensado que te gustaría.

Dije eso último con timidez. Que supiera que había estado pensando en ella me avergonzaba un poco.

—Has acertado. Llevo pensando en esto desde que me has enviado el mensaje. Nunca había visto nada parecido y que sea en Navidad me emociona mucho. Te advierto que cuando algo me gusta mucho me convierto en una niña pequeña.

Vera golpeó suavemente su hombro contra el mío y solté una risilla nerviosa.

—Creo que asumiré el riesgo —dije siguiéndole la broma.

Entre risas llegamos al lugar donde ya se encontraban bastantes personas. A algunas las reconocía de haberlas visto por el pueblo y las saludé con entusiasmo. Tenía que reconocer que, cada día que pasaba, recuperaba el espíritu navideño. ¿Cómo no hacerlo cuando todo rebotaba luz y alegría?

Sentí la mano de Vera alrededor de la mía y me recorrió un escalofrío. Entrelacé mis dedos con los suyos y nos miramos con ojos brillantes.

—Cada vez hay más gente. Así no nos perdemos —murmuró.

Lo que ella no sabía era que yo ya me había perdido en sus ojos y en su sonrisa infinita.

Asentí ligeramente con la cabeza justo cuando unas luces comenzaron a proyectarse sobre el edificio. El silencio reinó las calles y todos observamos con atención cómo a través de los colores y una suave canción navideña, se desarrollaba una historia preciosa de amor y esperanza.

Inconscientemente, Vera y yo fuimos acercándonos más hasta que apoyó su cabeza sobre mi hombro y yo solté su mano para pasar el brazo sobre ella. Sentía el calor de su cuerpo abrazar al mío y el corazón comenzó a latir con fuerza dentro de mi pecho.

Temía que se diera cuenta y me preguntara qué me pasaba. No sabía qué responder.

¿Cómo explicar que lo que sentía por ella sobrepasaba todos los límites? Que, con tan solo verla, me sentía el hombre más afortunado del mundo y que, si por mí fuera, compartiría el resto de vida con ella.

Vera alzó su cabeza ligeramente y me paralicé. Me había descubierto.

Nos observamos con la música navideña de fondo y con las luces reflejándose en nuestros rostros. Me miraba de una forma que no podía describir, como si quisiera decirme algo que no se atrevía.

Que desviara la vista hacia mis labios fue mi perdición. Incluso diría que se acercó un poco más. O tal vez fui yo.

Lo único que sabía con seguridad era que nuestros labios se rozaron.

Iba a ocurrir. Íbamos a besarnos.

Pero el estruendo de los aplausos tras terminar la proyección nos hizo separarnos de golpe.

Y ya no volvimos a estar tan pegados en toda la noche.

Para mi desgracia, era como si no hubiera ocurrido.

Como si ese roce no hubiera existido.

Solo que era tan real que jamás podría olvidar que, por un instante, sentí tenerla.

CAPÍTULO 8

Axel

Quedaban tan solo unas horas para que llegara la Nochebuena y el pueblo estaba alborotado. Desde la primera hora del día se escuchaban los villancicos en las casas de al lado y a los niños correr entre risas por las calles. Sabía por qué estaban así, pues yo había tenido la misma sensación años atrás. Papá Noel estaba cerca.

Cada veinticinco de diciembre hacía su aparición en el pueblo y repartía chocolates y galletas de mantequilla a los niños que se habían portado bien que, en realidad, éramos todos. Durante horas lo acompañábamos mientras tocaba las puertas de las casas para desear una Feliz Navidad a todos los vecinos y se marchaba justo antes de que anocheciera porque le quedaban muchos más lugares por visitar.

Con tan solo verlo, éramos los más felices del mundo. Así que comprendía que hoy estuvieran eufóricos.

Cuando bajé a desayunar como cada mañana, Abigail no estaba. Me sorprendió no encontrarla en la cocina leyendo el periódico o sentada en su sillón haciendo ganchillo. Supuse que habría ido a hacer la compra para la cena de esta noche.

No podía estar más equivocado. Minutos después la vi bajar las escaleras con el pijama todavía puesto. Era muy raro en ella.

—Buenos días, Abigail —la saludé con cautela. No respondió—. ¿Estás bien?

Me había costado tutearla, pero ella así lo prefería. Decía que la hacía sentir más mayor de lo que era y que si podía dormir bajo su techo, podía tutearla.

—Sí.

No dijo nada más. Hirvió agua en una tetera para servirse la infusión que cada mañana tomaba con una rebanada de pan con aceite y se sentó junto a mí en la mesa donde acababa de terminar el café.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

Abigail frunció más el ceño al escuchar mi pregunta. No era un misterio que no le gustaba la Navidad, pero pensé que este año podría ser diferente. Para mí también lo estaba siendo y la sensación me agradaba.

—Podríamos hacer una cena especial. No soy un cocinillas, pero hago un pollo relleno de rechupete —insistí.

—No celebro la Nochebuena.

Su respuesta fue cortante y, si fuera otra persona, lo habría dejado estar. Pero era de Abigail de quien estábamos hablando. Después de todo lo que había hecho por mí, no iba a

detenerme. Se merecía tener una buena noche en compañía. Apostaba que hacía mucho tiempo que la pasaba sola.

—¿Quién ha dicho que tengamos que celebrarla? Simplemente podemos quedarnos aquí, hacer una cena rica y ver cualquier programa de televisión antes de ir a dormir. —Abigail me miró achinando los ojos, sabiendo que algo tramaba. Y eso me animó—. ¿Qué me dices? ¿Serás mi cita de esta noche?

—¿No tienes una chica a la que impresionar?

—Hoy eres tú mi chica.

Lanzó un suspiro antes de volver a su desayuno. Era cierto que desconocía los planes de Vera, pero no quería dejar sola a Abigail. Se lo debía.

Me levanté y lavé la taza del café. Me esperaba un día emocionante por delante ya que, aunque ella no lo sabía, yo también hacía mucho tiempo que no cenaba con nadie en Nochebuena.

—Me marcho —anuncié.

—¿Adónde vas?

—A la compra. Tengo una cena que preparar.

Con una enorme sonrisa salí de la cocina dispuesto a hacer de esta noche algo que recordáramos los dos durante mucho tiempo.

Llevaba tantas bolsas entre mis manos que ya no sentía los dedos. Lo que iba a ser lo justo y necesario para la cena se había convertido en un entrante, un primer plato, un segundo y hasta el postre. Ya que me ponía, lo hacía bien.

Por eso estaba deseando llegar a la casa, para soltar la compra y ponerme manos a la obra.

Al girar la esquina para entrar en la calle, la vi.

Vera estaba en la puerta hablando con Abigail. Mi corazón se aceleró. No la había vuelto a ver desde la tarde anterior que casi nos besamos. A pesar de que actuamos con normalidad después, no podía sacarme de la cabeza lo que podría haber sido de no habernos interrumpido. Saber que ella iba a besarme me tenía inquieto porque desconocía si se había dejado llevar por el momento o es que también se moría de ganas de hacerlo como yo.

Nuestra despedida fue escueta. La acompañé hasta la puerta de su hostel y me dio un beso en la mejilla que me supo a poco. Ni siquiera nos habíamos mensajado desde entonces y ahora estaba aquí.

—Hola —saludé a ambas cuando llegué a la puerta. Aproveché para dejar las bolsas en el suelo un momento—. ¿Qué haces aquí?

Me extrañó que Abigail no la hubiera invitado a pasar. Aunque se veía claramente que hoy no estaba en su mejor momento. Se había cambiado de ropa, ya no vestía el pijama, pero no se

había arreglado como cada día.

—Le estaba diciendo a Abigail que esta noche preparan una gran cena en la plaza del pueblo para celebrar la Nochebuena. El año pasado fui y estuvo muy bien. Hay buen ambiente, música navideña y la comida está deliciosa. Pero no quiere ir.

Miré a ambas como si estuviera en un partido de tenis. Vera me suplicaba con la mirada que fuéramos y Abigail me pedía en silencio que dijera que no. Menuda encrucijada.

—Te lo agradecemos mucho, pero tenemos una cena —comenté señalando las bolsas en el suelo.

—Entiendo... —parecía decepcionada—. Si os apetece acercaros antes de la medianoche, repartirán chocolate caliente después de la cena.

—Gracias.

Recogí las bolsas del suelo para terminar con el momento incómodo que se había creado tras la conversación. Vera entendió que debía marcharse.

—Pensadlo, ¿vale? Me encantaría veros por allí.

Y sin más, se fue.

Entré a la casa con la compra dejando a Abigail en el umbral con la mirada perdida. Teníamos planes juntos y no los iba a cambiar, por mucho que deseara que Vera también estuviera en Nochebuena con nosotros.

Sentí sus pasos a través del pasillo y no tardó en asomarse a la cocina mientras colocaba la compra en los muebles.

—Sé que quieres ir con ella —empezó a decir.

No dejé que continuara.

—Lo que sé es que llevo muchos años sin celebrar la Nochebuena y me apetece pasarla contigo.

—Yo también llevo un tiempo sin celebrarla.

Su mirada triste me lo dijo todo. No la celebraba desde que su hermana falleció. Desde que la dejó sola, como me ocurrió a mí, solo que se trataba de otro tipo de soledad. Una más dolorosa.

—Supongo que va siendo hora de cambiarlo, ¿no crees?

Abigail asintió con la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa, una casi imperceptible, pero que yo había tenido la suerte de ver.

Se acercó hasta donde tenía las bolsas sobre la mesa y empezó a ver la verdura que había dentro de una de ellas.

—A ver, chico, cuéntame. ¿Qué has traído? Espero que en la frutería te hayan vendido lo mejor. Si no, se las verán conmigo.

Al final necesité ayuda en la cocina para hacer la cena. En mi cabeza pintaba todo muy bonito. El pollo relleno, la guarnición, los canapés de entrantes y la tarta de queso y frutos rojos de postre. No obstante, a lo máximo que había llegado era a meter el pollo relleno en el horno y cortar las patatas.

Menos mal que Abigail apareció como un milagro a ayudarme. Los dos nos compenetrábamos bien y finalmente tuvimos una cena digna de los mejores restaurantes. Comimos y reímos como nunca. Recordamos a aquellos que ya no estaban y soñamos con el menú de las próximas Navidades, como si contara con mi presencia cada veinticuatro de diciembre. Y por un instante así quise que fuera. Quería regresar cada año para visitarla, para tomar café cada mañana y ver la televisión por las noches.

Abigail había marcado una antes y un después en mi vida y no podía dejarla así como así. Quería mantener el contacto y no perderlo por muchos años que pasaran.

Después de limpiar entre los dos —porque ella era lo suficientemente cabezota como para dejarme hacerlo a mí solo—, nos sentamos en los sillones con las barrigas llenas y el rostro relajado tras una noche perfecta.

Cogí el mando de la televisión para encenderla, pero me detuvo a medio camino.

—No la enciendas.

—¿Hoy no te apetece ver tu programa? —pregunté, extrañado.

—Me apetece un chocolate caliente.

Lo mejor no fue su respuesta. Lo mejor fue ver cómo le brillaban los ojos al decirlo.

—No se hable más. Vamos a por una buena taza de chocolate.

CAPÍTULO 9

Vera

Caminaba dirección a la plaza del pueblo dispuesta a pasarlo bien. Luego de tratar de convencer a Abigail para que Axel y ella vinieran a cenar, algo que no conseguí, me marché al hostel y me di un baño relajante.

Después de que casi nos besáramos —o que casi lo besara porque la que se acercó fui yo—, estaba decidida a actuar con normalidad. Lástima que al verlo se fuera todo al garete. Las mariposas revolotearon con fuerza desde el instante que mis ojos volvieron a posarse sobre él. Y no sabía si eran las dichas hormonas o que tenía la mente nublada, pero estaba más guapo que nunca.

Intenté no trabarme cuando los invité, pero la suerte no estaba de mi parte esa noche.

Por eso, quería comer, reír y charlar con todo el mundo para distraerme, para no pensar en que me moría de ganas de pasar la noche con él. Ya que no conseguía poner en orden mis sentimientos, por lo menos que la Navidad hiciera el resto.

Busqué una mesa con un asiento libre y me senté saludando a los que estaban allí. Eso era lo bueno de celebrarlo todos juntos, que podías entablar conversaciones con personas desconocidas. El año pasado había vivido la experiencia y estaba más que dispuesta a hacerlo cada Navidad que pasara en el pueblo. Era divertido y emocionante.

La plaza no tardó en llenarse, al igual que los asientos que quedaban libres. Cuando el reloj marcó las nueve de la noche, el alcalde apareció y dio un pequeño discurso que terminó con los aplausos de los habitantes del pueblo. Verlo me producía escalofríos. Se creía el dueño de todo con esa sonrisa engreída que siempre lo acompañaba y que me revolvía el estómago. No había vuelto a verlo desde nuestra riña en su despacho. Al final, él había ganado.

Obvié que se encontraba a tan solo unos metros de mí y disfruté de la cena y la compañía. En la mesa había un matrimonio de ancianos muy bromistas que contaban sus batallitas con mucho arte y su hija que intentaba controlarlos sin éxito. Me parecieron de lo más divertidos. También estaba un turista que nos miraba a todos asombrado por cada cosa que decíamos mientras reía sin parar.

Fue una noche memorable. Y lo fue aún más cuando, al terminar la cena, vi a lo lejos a dos figuras que se acercaban.

Eran Axel y Abigail.

Me levanté con tanta rapidez que estuve a punto de caerme de la silla. Mis compañeros de cena me miraron sorprendidos por mi arrebato, pero no me detuve a explicarles que ahora estaba completa.

Corrí hacia ellos y me lancé a los brazos de Axel. El movimiento hizo que diera unos

pasos hacia atrás. No tardó en corresponderme con la misma fuerza que yo.

Ahora sí que me sentía en casa.

Abigail soltó una risilla y yo me separé de Axel. Los dos teníamos las mejillas rojas. Me había dejado llevar y la sensación de estar entre sus brazos era maravillosa.

Me acerqué a la anciana y le agarré las manos con cariño.

—Habéis venido —murmuré emocionada.

—Me apetecía un chocolate caliente —contestó ella, guiñándome un ojo.

Me ruboricé un poco más. Lo había hecho por nosotros, porque estuviéramos juntos. Y eso era algo que jamás podría agradecerle con palabras.

Me situé en medio de los dos y me agarré de sus brazos para llevarlos a mi mesa. Los presenté y fui en busca de dos sillas más para sentarnos todos juntos.

Aunque quería estar cerca de Axel, dejé que se sentara al lado de Abigail. Yo me puse al otro lado, junto a ella. La charla se animó cuando el matrimonio la vio. La conocían y se alegraban de verla celebrar la Navidad después de tantos años.

Mientras hablaban entre ellos, le lancé una mirada a Axel. No podía imaginarse lo feliz que me hacía tenerlo aquí, conmigo.

Mirándonos a los ojos, sin que nadie se percatara, nos prometimos que viviríamos más momentos como estos. Que no íbamos a desperdiciar ni una Navidad más y que cada una que viviéramos de ahora en adelante, sería igual o más especial que la anterior.

Regresamos a la conversación hasta que empezaron a repartir los pequeños vasos con chocolate caliente. Cuando todos estábamos servidos e íbamos a empezar a degustarlo, apareció el alcalde.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo con galantería. Alzó una ceja en cuanto se percató de mi presencia—. Veo que sigue por aquí, señorita.

—No tengo intención de marcharme —le devolví el comentario con una sonrisa altiva que no le gustó.

—Disfruten de la noche.

Y tan rápido como vino, se fue. Todos permanecemos callados unos segundos hasta que Abigail rompió el silencio.

—¿Qué te ha pasado con ese sinvergüenza, muchacha?

Nadie le dijo nada por hablar así del alcalde. Suponía que todos sabían que ese hombre tenía dos caras y que mostraba la que más le convenía en función de con quien trataba.

Lancé un suspiro y miré a Axel de reojo. En algún momento se iba a enterar de mis intenciones. Centré mi atención en Abigail y comencé a relatar.

—Cuando me enteré de que iban a demoler el orfanato quise comprarlo. Hablé con el alcalde para hacerle una oferta, pero es imposible. El dueño del lugar firmó una cláusula en el

que decía que cuando dejara de estar en pie, pasaría a ser del Ayuntamiento. No he podido dar con él para detener la demolición antes de que fuera tarde y poder comprarlo.

—¿Y para qué querrías algo tan viejo? —quiso saber ella.

—Quería construir un hogar. Mi hogar. Regresar adonde fui feliz durante años. Pero ya no importa...

Los ojos se me llenaron de lágrimas que intenté detener sin éxito. Con una disculpa en los labios, me levanté para tomar el aire. Necesitaba serenarme.

Me detuve en un lado de la plaza donde no había nadie y respiré hondo. Llevaba días sin pensar en el orfanato y llegué a pensar que ya no dolía tanto saber que iba a desaparecer. Estaba equivocada.

Unos brazos me rodearon por la espalda y supe al instante que era Axel. Me recosté sobre él y dejé que mis lágrimas fluyeran por mi rostro. En este viaje había ganado, pero también había perdido. El próximo año ya no estaría el orfanato. Tampoco estaría Axel. Y eso dolía como nunca. Ya solo quedarían los recuerdos de lo que fue y la esperanza de que lo que vendría sería mejor.

Axel besó mi sien cuando me calmé y me giré sobre sus brazos, quedando frente a él. Me apretó un poco más, como si no quisiera soltarme, y sonrió con tristeza.

—Encontrarás tu lugar, Vera. Tu hogar. Y lo demás se convertirá en recuerdos, nada más.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque creo en ti. Porque has hecho que vuelva a creer en la Navidad y que Abigail salga a celebrar la Nochebuena después de años.

—En eso creo que he tenido un poco de ayuda —sonreí con complicidad.

—Entonces hacemos un buen equipo.

—El mejor. Como siempre...

Axel se separó de mí y me tendió su mano. La agarré sin dudarlo y regresamos a la mesa para continuar con la noche antes de que llegara a su fin.

La medianoche nos sorprendió antes de que nos diéramos cuenta. Las horas del reloj habían pasado como minutos y ya era hora de volver a casa. Caminamos los tres por la calle con una enorme sonrisa en la cara. Abigail estaba más relajada. Venir le había sentado muy bien y me alegraba mucho.

Al llegar a la puerta de su casa, me despedí de ella con un abrazo que me devolvió gustosa.

—Gracias, niña —susurró acariciándome la cara con cariño.

No me dio tiempo a responder, pues dio media vuelta perdiéndose en el interior de su hogar.

—Te acompaño al hostel.

No me negué. Quería pasar todo el tiempo posible con él. Le quedaba poco tiempo, apenas unos días, y sentía que todavía nos quedaba mucho por compartir antes de decirle adiós.

Tardamos unos minutos en llegar. En la puerta, me giré para quedar frente a él.

—Ha sido una noche maravillosa —dijo—. Casi perfecta.

—¿Casi? —pregunté extrañada.

—¿Acaso esperaba algo más?

—Sí, falta esto.

Cogió mi rostro entre sus manos y me besó con dulzura. Fue corto, tan solo duró unos segundos, pero me hizo sentir más viva que nunca.

—Ahora sí es perfecta —susurró sobre mis labios.

—Hagamos que lo sea aún más —contesté justo antes de volver a besarlo.

CAPÍTULO 10

Axel

Creía que la noche anterior le había hecho bien a Abigail, pero me equivocaba. Hoy estaba diferente. Se había levantado muy temprano y se había arreglado como siempre. Había desayunado mientras preparaba el café y después había empezado a caminar de un lado al otro de la casa sin parar un momento. Estaba hiperactiva.

Durante un momento le pregunté si le ocurría algo y me contestó nerviosa que estaba bien. Mentía, eso lo tenía claro. Lo que no sabía era por qué.

Subí a la habitación para hacer la cama y coger el regalo que tenía guardado para ella. Era una tontería, pero me hacía ilusión dárselo. Aunque no estaba seguro de si me prestaría atención.

—¿Tienes un momento? —le pregunté una hora después, cuando por fin se sentó.

Abigail se tensó.

—¿Te vas? Pensé que todavía te quedaban unos días.

Lo dijo con una mezcla de temor y tristeza, como si quisiera que me quedara más tiempo. Y eso me enterneció.

—Y así es, tranquila. Es otra cosa. Quiero darte algo.

Le tendí el pequeño obsequio envuelto y ella me miró con sorpresa. No esperaba que le diera algo.

Lo cogió con recelo, a pesar de que sus ojos brillaban por la emoción. Lo desenvolvió con cuidado y se llevó una mano a la boca cuando vio de qué se trataba.

Era un collar con un pequeño corazón de madera, muy parecido al que llevaba siempre Sally. Lo vi en una de las pequeñas tiendas del pueblo y no pude evitar acordarme de su hermana.

Abigail comenzó a llorar y me sentí culpable.

—Lo siento. Yo no... —me excusé como pude.

Se levantó y me abrazó muy fuerte.

—Son lágrimas de felicidad, hijo.

Se separó de mí y se las secó con los dedos. Me tendió el collar y se dio la vuelta para que se lo pusiera. Nunca habría imaginado que le gustaría tanto. Me sentía muy dichoso.

—Gracias.

—Gracias a ti por todo lo que me has dado en estas semanas, Abigail. Eres una mujer excepcional.

—Calla, anda, que me vas a sacar los colores.

Los dos nos reímos con ganas, atesorando este momento para siempre.

—Y ahora llama a tu chica. Tengo algo para vosotros.

Vera llegó en apenas media hora con el ceño fruncido. Fui escueto en la llamada. Le pedí que viniera cuando pudiera, que Abigail tenía algo para nosotros.

—¿Qué ha pasado? —interrogó en cuanto le abrí la puerta de la casa.

—Estoy tan perdido como tú. Dice que tiene algo para nosotros.

—¿Qué será? —se inquietó aún más.

Nos dirigimos al salón donde Abigail estaba tranquila y feliz. Como si nosotros no estuviéramos de los nervios.

Por un lado, no sabía qué nos tenía preparado. Y, por otro, tenía a Vera a mi lado después de habernos besado ayer frente al hostel. Quería repetirlo desde que la había visto de nuevo, pero la curiosidad nos mantenía en vilo.

—Sentaos —ordenó Abigail con suavidad.

Como si fuéramos niños pequeños, lo hicimos sin rechistar. Los dos nos mirábamos sin entender nada.

Nos dejó solos durante un momento en el salón y regresó unos minutos más tarde con unos papeles en la mano.

Los dejó sobre la mesa y soltó la bomba. Una para la que ninguno estaba preparado.

—Aquí tienes los papeles del orfanato —se dirigió a Vera y se me aceleró el corazón al saber lo que significaba—. Si lo sigues queriendo, es tuyo.

—¿Pero cómo...?

Vera no podía articular palabra. Estaba tan aturdida como yo.

—Mi hermana Sally era la cocina y también la dueña. Al morir, como era la única familia que le quedaba, pasé a serlo yo. Sabía lo de la cláusula, por eso dejé que quedara en ruinas hasta que ya no fuera nada.

—Pregunté a todo el mundo, pero nadie sabía quién había detrás de la propiedad.

—Cuando Sally murió, me hicieron muchas ofertas para quedarse con el terreno. Es grande y está muy bien situado. Me encargué de decir que ella se lo había regalado a alguien hacía años. No quería que nadie me molestara y tampoco lo quería para mí. Solo deseaba llorar tranquila su pérdida. Por eso esperé a que llegara el día en el que dejara de existir.

—¿Por qué ahora? —intervine.

—Porque gracias a Sally tuvisteis un hogar de pequeños. Y estoy segura de que le habría encantado saber que, pese a todo, erais felices —acarició su nuevo collar mientras hablaba—.

Por eso os lo doy. Es mi regalo de Navidad. Construid vuestro hogar y hacedla feliz desde el cielo.

Vera comenzó a llorar en silencio y se levantó para abrazarla.

Abigail estaba dándole la oportunidad de volver a ser quien era. Le estaba dando una segunda oportunidad de ser feliz.

CAPÍTULO 11

Vera

Estaba de los nervios. Tenía los papeles delante de mí, listos para firmar, pero no sabía qué hacer. Mañana iba a ser la demolición y si quería pararla, debía hacerlo ya.

Llevaba semanas deseando este momento y ahora que lo estaba viviendo, sentía muchas inseguridades. Y la más grande de todas era Axel.

Daría lo que fuera porque él se quedara, porque fuera nuestro hogar, pero eso era imposible. Ni siquiera habíamos hablado de nosotros. Se marcharía en dos días y no sabría más de él en mucho tiempo. Nos habíamos prometido mantener el contacto, pero era muy diferente decirlo en el presente sin saber lo que nos depararía el futuro. Ya lo había vivido en mi propia piel y sabía a la perfección lo que podía ocurrir al poner cientos de kilómetros entre nosotros.

Si por mí fuera, lo intentaríamos. Pero no estaba segura de lo que opinaría Axel.

Necesitaba saberlo.

Lo necesitaba a él.

Le envié un mensaje pidiéndole que nos viéramos en el orfanato en unos minutos. Su respuesta no tardó en llegar.

Me calcé las deportivas, me puse el abrigo y salí a toda prisa.

Axel ya me esperaba allí cuando llegué. Me calmó saber que él estaba tan ansioso como yo.

—Necesitaba verte —dije nada más llegar a su altura.

Él se dio la vuelta al escucharme y nos fundimos en un abrazo que, sin pretenderlo, me supo a despedida. Cerré mis ojos con fuerza y me separé a regañadientes.

—¿Has firmado los papeles? —preguntó y negué con la cabeza—. ¿Qué te preocupa?

—Temo que todo lo que había soñado cuando llegué aquí estas Navidades no sean más que eso, sueños.

—Siempre me decías que acababan cumpliéndose. Y así ha sido hasta ahora, ¿no?

—El problema es que, en este sueño —señalé el orfanato—, no contaba con que aparecieras tú.

Axel agachó la mirada con tristeza.

—En dos días me iré y entonces podrás empezar de cero, construir tu hogar.

—¿Es que no lo entiendes? Este lugar jamás será mi hogar si tú no estás en él. Creí que podría hacerlo, pero no soy capaz, Axel.

Se acercó con cautela y agarró mi rostro entre sus manos con cuidado, como si fuera a romperme.

—Claro que eres capaz. Eres la única persona que puede enfrentarse a todo y a todos. No dejes que nada te frene.

—¿Y qué pasa si son mis sentimientos los que lo hacen?

—Entonces escucha lo que te dicen.

—Lo que me dicen es que te quiero, Axel. Te quiero desde el instante que me lanzaste a la cara el conejo de peluche.

Apoyé mi frente sobre la suya. Me temblaba todo el cuerpo por lo que acababa de revelar. Pero también me sentía liberada.

—Y yo que pensaba que el único que se sentía así era yo. Qué ciego he estado... —susurró sobre mis labios—. Te quiero, Vera. Y lo haré toda mi vida.

Nos besamos despacio, saboreando nuestros sentimientos y lo que cada uno despertaba en el otro. Fue un beso con sabor a esperanza y a futuro.

El primero de todos los que estaban por llegar.

Pero antes, debíamos poner en orden nuestras vidas.

Me apartó con cuidado sin soltarme.

—Y ahora, firma esos papeles y frénale los pies a ese engreído que tiene este pueblo por alcalde.

CAPÍTULO 12

Axel

El autobús que me llevaría de vuelta a casa pasaría en una hora.

Observé el lugar donde debería de estar el orfanato. Estaba vacío, solo quedaba tierra. Y aunque sentía anhelo, también sentía paz. Ahora este lugar estaba en buenas manos.

El viaje había supuesto un cambio enorme en mi vida. ¿Quién me lo iba a decir? Yo, que simplemente venía a decir adiós, ahora lo recibía con los brazos abiertos.

Reconocía que me hubiera gustado quedarme más tiempo y pasar el fin de año con Abigail, pero debía volver al trabajo. Mis vacaciones se agotaban y mañana debía estar en la oficina.

Todo lo bueno tenía fecha de caducidad y la Navidad había pasado demasiado rápido para mí.

El teléfono vibró en el bolsillo de mi pantalón. Al ver de quién se trataba, sonreí como un tonto enamorado. Vera. Habíamos acordado vernos en media hora en la estación de autobuses. Por más que le dijera que no quería despedirme de ella, se empeñaba en hacerlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era una cabezota. Siempre lo había sido, desde niña, y no iba a cambiarla ahora. Tampoco es que quisiera hacerlo.

Estaba muy orgulloso de ella. Le había plantado cara al alcalde y se había metido en el bolsillo a muchos habitantes del pueblo por eso. Se alegraban de tener una nueva vecina con la que charlar y reír. Porque, aunque avanzara el tiempo y por más adversidades que pasaran, Vera nunca dejaría de sonreír.

Nuestro futuro era ahora mismo incierto. Ambos debíamos poner nuestras vidas en orden antes de embarcarnos en una conjunta. Teníamos un trabajo y una casa a cientos de kilómetros del otro. Y un proyecto de hogar aquí, en el pueblo, por construir. No debíamos aventurarnos, por más que quisiéramos. Por más que deseáramos compartir cada minuto con el otro.

Separarnos no sería fácil para ninguno, pero debíamos dar el paso para avanzar hacia aquello que tanto deseábamos.

—Hasta pronto —me despedí del lugar donde había estado el orfanato. Cuando volviese, sería un lugar totalmente diferente y a la vez igual que en el pasado.

Sería mi hogar.

Nuestro hogar.

Y qué bien sonaba eso.

Con una sonrisa en los labios me marché a la estación. Ya me había despedido de Abigail, algo que también me había costado mucho, por lo que solo tenía que esperar a que llegara la hora

de coger el autobús.

Llegué cuarenta minutos antes de que partiera y Vera ya estaba allí.

—Mi cabezota favorita —murmuré en voz baja para que nadie me escuchara hablar solo.

Me acerqué muy despacio para sorprenderla, pero ella se dio cuenta de mi presencia antes. Era como si un imán tirara de nosotros. Si uno estaba cerca, el otro lo sentía y lo atraía.

Me abrazó y besó mis labios con cariño. Nunca me cansaría de besarla.

Estar este tiempo lejos se me hará eterno.

—Te voy a echar de menos —dijo.

—Y yo a ti. Hablaremos todos los días, ¿vale?

—¿Me lo prometes?

Ambos sabíamos lo que significaba esa frase. Un significado que había cambiado por completo desde que nos habíamos reencontrado. Ya no le temíamos porque sabíamos que, a partir de ese momento, lo que prometíamos se cumpliría.

—Lo prometo.

No nos despegamos del otro hasta que el conductor del autobús nos obligó con la última llamada a los pasajeros.

Le di un último beso y me marché sabiendo que pronto regresaría.

Estaba deseándolo.

EPÍLOGO

Axel

Los villancicos sonaban por toda la casa. Por suerte, después de tantos años, me había acostumbrado a ellos.

Los primeros años creí volverme loco. Una cosa era que volviera a gustarme la Navidad y otra muy diferente escucharlos desde el uno de diciembre hasta el seis de enero. Una locura. Incluso pensé en comprarme unos auriculares con cancelación de ruido para no oírlos. Pero ver lo feliz que le hacía a Vera compensaba cualquier cosa.

Saqué el famoso pollo relleno del horno y lo coloqué en la bandeja. Ya estaba todo listo para disfrutar de una de las noches más especiales del año. Sí, convivir durante años con una mujer amante de la Navidad me hacía decir este tipo de cosas.

Y si encima le sumaba una Abigail entusiasmada y un hijo igual o más loco por la Navidad que su madre, estaba perdido.

Aun así, no cambiaría nada. Mi familia era lo mejor que me había pasado en la vida. Eran mi tesoro, uno que cuidaría siempre.

Con mucho cuidado, cogí la bandeja y me dirigí al salón donde todos esperaban.

Abigail jugaba con Cam, nuestro pequeño terremoto de tres años. Y Vera trataba de que Chip y Chop, dos pequeños cachorros que habíamos adoptado hacía poco, no tiraran el árbol que tanto nos había costado montar. Era enorme y estaba lleno de luces, era normal que se sintieran atraídos por él.

Y ahí, en medio del pequeño caos que reinaba en el salón y con la mesa puesta para cenar, me sentí el hombre más afortunado del mundo.

Llegar hasta este momento no había sido fácil. Habían tenido que pasar dos largos años hasta que pudimos poner un pie en el que ahora era nuestro hogar. Siempre estuvimos convencidos de que lo lograríamos, pero el camino se hizo pesado en algunas ocasiones.

Ahora, años más tarde de ese momento, teníamos el hogar que habíamos soñado, una familia a la que adoraba y muchos más sueños y metas que aumentaban cada Navidad.

Unos sueños que estábamos dispuestos a cumplir juntos.

Siempre juntos.

Fin

AGRADECIMIENTOS

¡Y aquí estamos de nuevo! No sabéis lo ilusionada que estoy de haber llegado hasta este momento.

Escribir una historia navideña era algo impensable para mí hace unos años. Siempre he tenido un lado Grinch y escuchar a Mariah Carey una y otra vez desde el mes de septiembre se me hacía insoportable. Lo siento por los fanáticos de la cantante...

Pero entonces, sin saber muy bien por qué, algo hizo «clic» y después de mucho tiempo deseé que llegase la Navidad.

Podría decir que fue el hecho de tomarme las uvas frente a un colorido Big Ben en Nochevieja o que montar el árbol con mis sobrinos me había hecho más feliz de lo que jamás hubiera imaginado.

O que, simplemente, necesitaba que alguien me hiciera volver a creer en la Navidad, como a Axel.

Por eso, esta historia es para todas aquellas personas especiales que llevan magia allá donde van.

A Roma García por amar la Navidad tanto como los libros. Amiga, ni en mil años podrías imaginar lo bonita que haces mi vida.

A mis imprescindibles. Nieves, Fransy, Maru y Noe. Os habéis convertido en un pilar sin el que no podría vivir.

A todas las personitas que siguen apoyándome y que se emocionan con cada publicación. María José, Raquel, Cristiane... Sois geniales.

A mis sobrinos por hacer de mí en una mejor persona cada día. Verlos crecer es el mejor regalo que podía tener.

Y a todos los que habéis llegado hasta aquí y habéis soñado a través de Axel y Vera.

Gracias.

¡Feliz Navidad!

SOBRE LA AUTORA

Toñi Fernández nació en un pequeño pueblo de Mallorca, aunque ha crecido en la costa malagueña. Adicta al chocolate, las series de Netflix y las novelas con mucho salseo, no duda en devorar cada libro que cae en sus manos.

Considerada una romántica empedernida, se sumergió en el mundo de la escritura con su primera novela ***Déjame estar a tu lado***, una historia de corte *new adult* que supuso un antes y un después porque, aunque creía que las musas la abandonarían tras acabar, no fue así.

Cada año va sumando sueños con la publicación de ***Olvida el para siempre***, ***Sentirte en silencio*** bajo el sello digital Click Ediciones, ***Con todo lo que aún nos queda*** y ***Somos lo que fue***, con el sello digital de Ediciones Kiwi.

La Navidad en tu mirada es su sexta historia, una emotiva *novelette* de reencuentros navideños.

